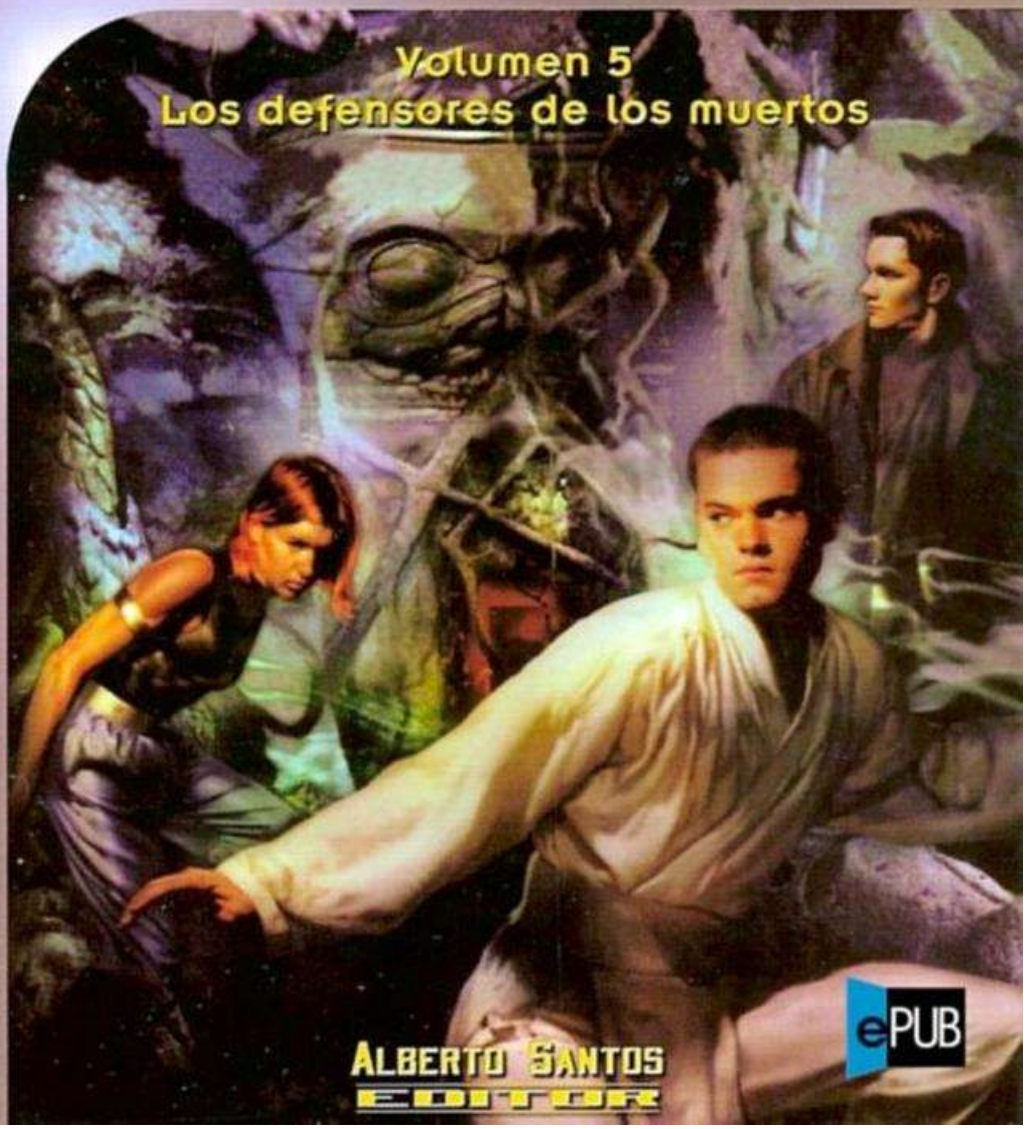
STAR WARS™

APRENDIZ DE JEDI

Volumen 5

Los defensores de los muertos

JUDE WATSON



LUCAS BOOKS

ALBERTO SANTOS EDITOR

ePUB

La paz por encima de la ira

El honor por encima del odio

La Fuerza por encima del miedo

Los defensores de los muertos viven en el pasado, mientras luchan sin cesar para destruir el futuro. Se han olvidado de los Jóvenes, un grupo de rebeldes liderados por los adolescentes Nield y Cerasi.

Obi-Wan tiene 13 años, pero su Maestro Qui-Gon Jinn no supone que tomará partido por ninguno de los bandos. Pero cuando Obi-Wan encuentra a Nield y Cerasi, siente que debe unirse a la lucha, aunque Qui-Gon se lo prohíba. La rebelión ha llegado a ser personal. Y Obi-Wan y Qui-Gon están en lados opuestos.

“Cada vez que Yoda encontraba orgullo en un estudiante Jedi, buscaba la manera de desenmascararlo y conducirle por el buen camino. El orgullo tenía a menudo su base en la arrogancia, y ésa era una característica que no se podía dar en un Jedi.”

Aprendiz de Jedi 5

Los Defensores de los Muertos

Jude Watson

Versión 1.1

28.06.13

Título original: *Jedi Apprentice: The Defenders of the Dead*

Autora: Jude Watson

Traducción: Pilar Pascual Fraile

Publicación del original: Diciembre 1999

44 años antes de la batalla de Yavin

Revisión: Meriba

Edición: Bodo-Baas, basado en la edición de LittleAngel para Epub Gratis

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Capítulo 1

El caza de combate descendió rápidamente hacia la superficie del planeta Melida/Daan. Sobre el accidentado terreno del planeta se elevaban enormes estructuras de ébano sin puertas ni ventanas, perfectamente alineadas, formando manzanas cuadradas.

Obi-Wan Kenobi las observó desde la carlinga mientras pilotaba la nave.

—¿Qué pueden ser? —preguntó a Qui-Gon Jinn—. No he visto nunca nada parecido.

—No lo sé —replicó el Jedi mirando el paisaje atentamente con sus ojos azules—. Naves de almacenamiento quizás, o complejos militares.

—Podrían estar ocultando algún tipo de instalación —observó Obi-Wan.

—El escáner no registra nada, pero vamos a descender un poco por si acaso.

Sin reducir la velocidad, Obi-Wan acercó la nave a la superficie del planeta. Pasaron rozando piedras y vegetación. Los motores iban al máximo de energía, así que Obi-Wan sujetaba con fuerza los controles. El más mínimo movimiento podía hacer que se estrellaran.

—Si volamos así de bajo terminaré haciendo un escáner molecular de los tejados —comentó secamente Qui-Gon, sentado en el asiento del copiloto—. Estás volando demasiado bajo a esta velocidad, padawan. Si nos cruzamos con un canto rodado acabaremos estrellándonos.

Su tono no era excesivamente severo, pero Obi-Wan sabía que Qui-Gon no admitiría una réplica. Obi-Wan era el aprendiz de Jedi de Qui-Gon, y una de las reglas de los Jedi es que no se puede cuestionar la orden de un Maestro.

De mala gana, Obi-Wan redujo suavemente la velocidad. La nave se elevó unos pocos metros. Qui-Gon miraba atentamente hacia delante, buscando un sitio para aterrizar. Buscaban las afueras de Zehava, la ciudad principal del planeta Melida/Daan, y era crucial que nadie se enterara de su llegada.

En Melida/Daan se libraba una cruenta guerra civil desde hacía treinta años. Era la continuación de un conflicto que había existido durante siglos. Los dos pueblos enfrentados, los Melida y los Daan, no se ponían de acuerdo en el nombre de su planeta. Los Melida lo llamaban Melida, y los Daan, Daan. Para no entrar en discusión, el Senado Galáctico había decidido utilizar los dos nombres separados con una barra.

Cada pueblo o ciudad del planeta estaba en guerra, y los territorios se adquirían o perdían en una continua serie de batallas. La capital, Zehava, estaba sitiada la mayor parte del tiempo, y la frontera entre los Melida y los Daan se movía continuamente a lo largo de la ciudad.

Obi-Wan sabía que el Maestro Jedi Yoda había confiado en ellos para esta misión, y los había elegido cuidadosamente entre muchos Jedi. La misión era importante para él. Hacía unas semanas, uno de sus alumnos más brillantes, la Maestra Jedi Tahl, había llegado a Melida/Daan como Guardiana de la Paz.

Tahl era conocida entre los Jedi por sus habilidades diplomáticas. Los dos bandos habían llegado a un acuerdo, pero la guerra se reinició y Tahl fue herida de gravedad y capturada por los Melida.

Hacía unos días, Yoda consiguió mandar un mensaje a su contacto en el planeta, un Melida llamado Wehutti que había aceptado introducir a Obi-Wan y Qui-Gon a escondidas en la ciudad y ayudarles a liberar a Tahl.

Obi-Wan sabía que la misión que les esperaba era más difícil que las habituales. Esta vez, los Jedi no habían sido invitados para acabar con un conflicto. No eran bienvenidos. El último Jedi que había estado allí había sido capturado y quizás asesinado.

Miró de reojo a su Maestro. La mirada de Qui-Gon era tranquila e intensa mientras escrutaba el paisaje que tenían delante. Según observó Obi-Wan, no parecía ocultar preocupación o inquietud.

Una de las muchas cosas que Obi-Wan admiraba de él era su compostura. Quiso ser su padawan porque Qui-Gon era respetado por su valentía, habilidad y manejo de la Fuerza. Aunque a veces tenían sus diferencias, Obi-Wan sentía un gran respeto hacia el Maestro Jedi.

—¿Ves aquel cañón? —preguntó Qui-Gon, echándose hacia delante y señalando—. Si pudieras aterrizar entre las paredes podríamos esconder allí la nave. Es un buen sitio.

—Puedo hacerlo —prometió Obi-Wan.

Manteniendo la velocidad, comenzó a descender.

—Reduce la velocidad —le advirtió Qui-Gon.

—Sé cómo descender —dijo Obi-Wan, apretando los dientes.

Era uno de los mejores pilotos del Templo Jedi. ¿Por qué tenía Qui-Gon que corregirle siempre?

Entró zumbando en la pequeña abertura. A cada lado de la nave sólo tenía un centímetro de espacio, pero en el último momento, y demasiado tarde, vio que uno de los laterales tenía un pequeño saliente. Se oyó un tremendo ruido en la cabina cuando uno de los lados de la nave rozó contra el saliente.

Obi-Wan hizo descender la nave hasta el suelo y apagó los motores. No quería mirar a Qui-Gon, pero sabía que convertirse en Jedi suponía admitir la responsabilidad de los errores. Miró a su Maestro de frente.

Se sintió aliviado al encontrarse con la mirada divertida de Qui-Gon.

—Menos mal que no prometimos que devolveríamos la nave sin ningún rasguño —dijo.

Obi-Wan sonrió abiertamente. Habían tomado prestado el transporte de la reina Veda, del planeta de Gala, donde habían terminado con éxito su última misión.

Mientras salían de la nave, hacia el rocoso terreno de Melida/Daan, Qui-Gon se detuvo.

—Aquí hay una gran perturbación en la Fuerza. El odio domina este lugar.

—Sí, puedo sentirlo —dijo Obi-Wan.

—Debemos ser muy cuidadosos en este planeta, padawan. Cuando hay mucha emoción concentrada en un lugar es difícil mantener las distancias. Recuerda que eres un Jedi. Estás aquí para observar y para ayudar si puedes. Nuestra misión consiste en llevar a Tahl de vuelta al Templo.

—Sí, Maestro.

Los arbustos eran fuertes y con muchas hojas, así que fue fácil encontrar grandes ramas para cubrir la nave. Así no sería visible desde el aire.

Los dos Jedi se echaron al hombro sus equipos de supervivencia y comenzaron a andar hacia las afueras de Zehava. Les habían recomendado que se acercaran por el Oeste, donde se encontrarían con Wehutti en la puerta controlada por los Melida.

Recorrieron un camino polvoriento entre montañas y cañones. Al fin, las torres y los edificios de la ciudad amurallada se alzaron ante ellos. Se habían alejado de la carretera principal, caminando a campo través, y ahora oteaban la ciudad desde una colina cercana.

Mirando hacia abajo, a los campos, Obi-Wan se dio cuenta del paisaje desolado que ofrecían las afueras de la ciudad. No se veía gente por las calles y sólo había una entrada a la ciudad, en la carretera principal. En la abertura de la gruesa muralla se veía un puesto de vigilancia con dos cañones láser apuntando a la carretera. Dos altas torres flanqueaban el puesto. Detrás de la muralla se adivinaban los edificios, distribuidos en las colinas de la ciudad. Cerca de la muralla había un edificio largo y bajo, de piedra negra y sin ventanas ni puertas.

—Tiene un tamaño más pequeño que los que hemos visto desde el aire —comentó Obi-Wan.

Qui-Gon asintió.

—Podría ser algún tipo de edificio militar. Y las torres indican que hay un campo de partículas en funcionamiento. Si intentamos entrar sin permiso nos dispararán con rayos láser.

—¿Por qué íbamos a hacerlo? —preguntó Obi-Wan—. No deberíamos aproximarnos a menos que estuviéramos seguros de que Wehutti nos espera allí.

Qui-Gon buscó en su equipo de supervivencia un par de electrobinoculares y enfocó al puesto de vigilancia.

—Malas noticias —dijo—. Veo una bandera de Daan. Eso significa que toda la ciudad está ahora controlada por los Daan, o al menos la entrada.

—Y Wehutti es Melida —se quejó Obi-Wan—. Así que no hay manera de entrar.

Qui-Gon retrocedió para apartarse del campo de visión de la ciudad y guardó los electrobinoculares con el resto del equipo.

—Siempre hay una manera, padawan —dijo—. Wehutti nos dijo que nos acercásemos por el Oeste. Si seguimos alrededor de la muralla, puede que encontremos un área sin guardias. Cuando nos hayamos alejado de las torres de vigilancia podremos acercarnos.

Manteniéndose protegidos por las sombras de las montañas, Obi-Wan y Qui-Gon hicieron su doloroso camino alrededor de las murallas de la ciudad. Cuando estuvieron

fuera del área de visión del punto de vigilancia se acercaron. Los ojos de Qui-Gon escrutaban cada centímetro de las murallas, buscando un hueco. Obi-Wan sabía que Qui-Gon estaba usando la Fuerza para comprobar el camino que tenían que recorrer, con la esperanza de encontrar un agujero en el campo de partículas. Obi-Wan intentó hacer lo mismo, pero sólo sentía destellos de resistencia.

—Espera —dijo Qui-Gon de repente. Se paró y levantó una mano—. Aquí. Hay un agujero en el campo.

—Hay otro de esos edificios negros —señaló Obi-Wan.

El largo y bajo edificio se extendía pegado a la muralla de la ciudad.

—Todavía no sé qué son, pero creo que es mejor evitarlos —remarcó Qui-Gon—. Escalaremos la muralla cerca de esos árboles.

—Necesitaremos la Fuerza —dijo Obi-Wan, mirando los altos muros.

—Sí, pero una cuerda de carbono también nos ayudará —dijo Qui-Gon, sonriendo.

Dejó su equipo en el suelo y se agachó sobre él.

—Necesitaremos el tuyo también, padawan.

Obi-Wan dio unos pasos, acercándose a Qui-Gon a la vez que deslizaba su equipo para dejarlo en el suelo. De repente, sus botas tropezaron con algo que hizo un ruido metálico. Miró abajo y vio que había movido un poco de tierra que estaba encima de una plancha metálica.

—Mira, Maestro —dijo—. Me pregunto si esto será…

No tuvo oportunidad de terminar la frase. De repente, unas barras de energía emergieron del suelo y los atraparon. Antes de que pudiesen moverse, la plancha de metal se abrió y ambos cayeron al abismo que se abría bajo sus pies.

Capítulo 2

Obi-Wan caía a través de una especie de tubo metálico. Trató de detener su descenso con los pies, pero sólo logró rozarse contra la superficie metálica. Su velocidad de caída iba en aumento, y le empujó hacia delante, haciendo que su cabeza golpeara con el borde del tubo. Terminó cayendo a un suelo sucio.

Permaneció echado un momento, debido a la conmoción del golpe. Qui-Gon se puso de pie inmediatamente, con su sable láser en la mano. Permaneció de pie, al lado de Obi-Wan, para protegerle.

—Estoy bien —dijo Obi-Wan cuando se recuperó.

Se agachó para recoger su sable láser.

—¿Dónde estamos?

—En una especie de celda —respondió Qui-Gon.

Les rodeaban finas paredes de acero. No había ninguna entrada.

—Estamos atrapados —dijo.

Su voz resonó en las paredes, haciendo que sonara extraña.

—No, padawan —dijo Qui-Gon tranquilamente—. Hay más de una entrada a esta celda.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no somos los primeros que hemos caído aquí.

Qui-Gon exploró el pequeño espacio, usando su sable láser para iluminarse.

—El tubo por el que hemos caído tenía golpes, y en la suciedad del suelo se pueden apreciar huellas. Los que hayan estado aquí han sido sacados por algún sitio, y es imposible hacerlo a través del tubo. Esta trampa está diseñada para atrapar rehenes, no para matarlos. Tiene que haber otra puerta. Además —añadió—, no hay huesos o restos. Eso significa que el que ha puesto la trampa, se lleva luego lo que ha caído en ella.

—Pues sí —murmuró Obi-Wan.

Tenía el estómago vacío, ojalá hubiese tenido tiempo de comer algo antes de salir de la nave.

—He perdido mi equipo de supervivencia —dijo a Qui-Gon—. Se ha quedado en la superficie.

—El mío también. Tendremos que usar nuestros sables láser —replicó Qui-Gon.

Obi-Wan pensaba más en la comida que en hacer luz, pero hizo igual que Qui-Gon y conectó su sable láser. Lo acercó a las paredes que los rodeaban para poder examinarlas. Mientras trabajaba, sintió que la Fuerza comenzaba a moverse entre ellos, llenando el espacio.

Podía ver claramente cada irregularidad en las aparentemente lisas paredes. Buscaba una juntura escondida, convencido ahora de que encontrarían una. Sólo tenía que confiar en la Fuerza.

Cuando era estudiante del Templo se quedó desconcertado con la Fuerza. Sabía que era sensible a ella, y por eso le habían admitido de pequeño como estudiante, pero, a lo

largo de su entrenamiento, a veces había percibido que la Fuerza era evasiva y poco fiable. Podía sumergirse en ella, pero no siempre que él quería. Y cuando lo hacía, era incapaz de controlarla.

Junto a Qui-Gon había aprendido que no era cuestión de controlarla, sino de unirse a ella. Ahora podía fiarse de que le guiaría, de que le daría fortaleza y visión. Estaba comenzando a comprender lo fuerte que era, lo real que era su presencia. Como Jedi tenía acceso permanente a ella. Era el mejor regalo imaginable.

—Aquí —dijo Qui-Gon, inalterable.

Al principio, Obi-Wan no vio nada, pero luego se dio cuenta de la fina abertura que surcaba la superficie de la pared.

Qui-Gon pasó la mano por encima de la irregularidad.

—El dispositivo de cierre debe de estar al otro lado —musitó—. Supongo que estará hecho a prueba de láser, pero también creo que es la primera vez que han atrapado aquí a un Jedi.

Obi-Wan y Qui-Gon movieron juntos el filo de sus sables de luz alrededor del contorno de la puerta. Los sables cortaron el metal, que se curvó hacia atrás como la hoja verde de un árbol. Consiguieron hacer una pequeña abertura.

Qui-Gon pasó a través de ella, seguido de Obi-Wan. Se encontraron en un corto y estrecho túnel que parecía llevarles hacia una estancia mucho más grande. Era muy negro, tan oscuro que no había sombras en él. Incluso el resplandor de sus sables láser parecía quedar absorbido por la intensa oscuridad.

Pararon, escuchando cualquier sonido, pero no se oía absolutamente nada. Obi-Wan podía oír su propia respiración, incluso la de Qui-Gon. A los Jedi se les enseña a ralentizar el ritmo de su respiración para no hacer ruido, incluso en situaciones de tensión.

—Creo que estamos solos —dijo Qui-Gon tranquilamente.

Su voz resonó, confirmada la sospecha de Obi-Wan de que se hallaban en un espacio ancho y abierto.

Avanzaban con cuidado, con los sables láser en posición de defensa. Obi-Wan sintió un escalofrío que le bajaba por la espalda desde el cuello. Algo iba mal; podía sentirlo.

—La Fuerza está oscura —murmuró Qui-Gon—. Enfadada. Y, sin embargo, todavía no noto aquí una Fuerza viviente.

Obi-Wan asintió. Él no había sido capaz de precisar lo que sentía, pero Qui-Gon sí. Había una presencia maligna a su alrededor, aunque aún no sintieran seres vivos cerca de ellos.

Obi-Wan tropezó con algo que no había sido capaz de ver. Se colocó junto a una columna de piedra para protegerse. En esa fracción de segundo de pérdida de concentración, el destello de un movimiento se acercó por su derecha.

Se giró, sosteniendo en alto su sable láser, y un guerrero apareció moviéndose con rapidez hacia él desde las sombras, con su arma apuntando directamente al corazón de Obi-Wan.

Capítulo 3

Obi-Wan dio un salto con su sable láser apuntando hacia delante. El golpe no encontró carne o hueso, sino que pasó sin hacer daño a través de la figura.

Sorprendido, Obi-Wan se giró hacia la izquierda, preparado para golpear de nuevo, pero Qui-Gon le detuvo.

—No puedes luchar contra este enemigo, padawan —dijo Qui-Gon.

Obi-Wan miró atentamente y se dio cuenta de que el guerrero era un holograma.

De repente retumbó una voz.

—Soy Quintama, el capitán de la Fuerza de Liberación de Melida.

El holograma colocó su arma a un lado.

—Mañana comenzará la Vigésimo Primera Batalla de Zehava. Conseguiremos derrotar a nuestros enemigos de Daan de una vez y por todas, y lograremos una victoria gloriosa. Reconquistaremos la ciudad que fundamos hace mil años, y toda Melida vivirá en paz.

—¿La Vigésimo Primera Batalla de Zehava? —susurró Obi-Wan a Qui-Gon.

—La ciudad ha cambiado de manos muchas veces a lo largo del tiempo —le explicó Qui-Gon—. Mira su arma. Es un modelo viejo. Yo diría que de hace quince años o más.

—Espero con ilusión una victoria completa y gloriosa —continuó relatando la figura fantasmal—. Y, sin embargo, existe la posibilidad de que muera para conseguirla. Acepto la muerte, al igual que mi mujer Pinani, que lucha a mi lado. Pero mis hijos… —la fuerte voz vaciló durante un momento—. A mis hijos, Renei y Wunana, les dejo la memoria de los ancestros que he compartido con ellos, las historias de la larga persecución a la que nos han sometido los Daan. Vi cómo mataban a mi padre, y vengaré esa muerte. Vi cómo dejaban morir de hambre a mi pueblo, y vengaré a mis vecinos. Recordadme, hijos míos. Y recordad lo que yo he sufrido en manos de los Daan. Si muero, coged mi arma y vengad mi muerte como yo he vengado la de mi familia.

De repente, el holograma desapareció.

—Creo que no lo consiguió —dijo Obi-Wan. Se agachó cerca de una marca hecha en la piedra—. Murió en esa batalla.

Qui-Gon pasó de largo la marca y se dirigió a la siguiente. Había una gran bola de oro encima de una columna próxima a él. Puso la mano encima. Inmediatamente, otro holograma se elevó de su marca como un fantasma.

—Debí despertar al primero cuando tropecé —dijo Obi-Wan.

El segundo holograma era una mujer. Su túnica estaba manchada y desgarrada, y llevaba el pelo corto. Sostenía una pica y tenía un arma atada a la cadera y otra al muslo.

—Soy Pinani, viuda de Quintama, hija de los grandes héroes Bicha y Tiraca. Hoy marcharemos sobre la ciudad de Bin para vengar la Batalla de Zehava. Nuestras reservas están agotadas. Tenemos pocas armas. Muchos de nosotros han muerto en la gloriosa batalla para reconquistar nuestra querida ciudad de Zehava de los rudos Daan. No tenemos ninguna posibilidad de ganar la batalla, pero luchamos por la justicia y para

vengarnos del enemigo que nos persigue. Mi marido murió delante de mis ojos. Mi padre y mi madre murieron cuando los Daan fueron a nuestro pueblo, lo rodearon y los mataron. Así que os digo a vosotros, hijos míos, Renei y Wunana, no nos olvidéis. Seguid luchando. Vengad este terrible y enorme error. Yo morí valientemente. Morí por vosotros.

El holograma desapareció. Obi-Wan se adelantó hacia la siguiente marca.

—Renei y Wunana murieron solamente tres años después en la Vigésimo Segunda Batalla de Zehava —dijo—. Eran poco mayores que yo.

Se volvió y se encontró con la mirada de Qui-Gon.

—¿Qué clase de lugar es éste? —preguntó.

—Un mausoleo —dijo Qui-Gon—. Un lugar para que descansen los muertos. Pero aquí, en Melida/Daan, las memorias permanecen vivas. Mira.

Qui-Gon señaló las ofrendas que ya habían visto delante de las columnas. Las flores estaban frescas, y las bandejas de alimentos y los cuencos con agua, llenos.

Caminaron a lo largo de los pasillos, pasando frente a filas de tumbas, activando todos los hologramas. El enorme espacio hacía resonar las voces de los muertos. Vieron cómo distintas generaciones contaban historias de sangre y venganza. Oyeron relatos de pueblos completamente devastados, hijos arrancados de los brazos de sus madres, ejecuciones masivas y marchas forzadas que acababan en sufrimiento, y la mayoría en muerte.

—Parece que los Daan son un pueblo sediento de sangre —comentó Obi-Wan.

Las historias de sufrimiento y agonía le habían conmovido como un dolor creciente en una herida profunda.

—Estamos en un mausoleo Melida —le contestó Qui-Gon—. Me pregunto qué tienen que contar los Daan.

—Hay tantos muertos —puntualizó Obi-Wan—, pero no hay una razón clara para saber por qué luchan. Una batalla sigue a otra, y en cada una se venga la anterior. Pero ¿cuál es el verdadero motivo de la lucha?

—Puede que lo hayan olvidado —dijo Qui-Gon—. El odio está impreso en sus huesos. Ahora ellos luchan por un pedazo minúsculo de tierra o por vengar algo que ocurrió hace cien años.

Obi-Wan se estremeció. El aire frío le había calado hasta los huesos. Se sintió alejado del resto de la galaxia. Su mundo entero se había concentrado en este negro y sombrío espacio lleno de sangre, venganza y muerte.

—Nuestra misión ni siquiera ha comenzado y ya he visto suficiente sufrimiento para el resto de mi vida.

La mirada de Qui-Gon era triste.

—Hay algunos mundos que logran vivir en paz durante siglos, padawan, pero me temo que hay muchos que han vivido cruentas guerras capaces de llenar de miedo los recuerdos de cada generación. Siempre ha sido así.

—Bueno, de momento ya he visto lo suficiente —dijo Obi-Wan—. Encontremos la salida.

Empezaron a caminar, ahora más deprisa, pasando de largo al lado de las marcas, buscando una salida. Al final vieron un atisbo de luz. Había una puerta de un material traslúcido que emitía un destello blanco.

Qui-Gon empujó la luz que indicaba la salida y, con gran alivio, ambos vislumbraron una débil luz solar. Se quedaron en la sombra de la puerta, explorando el área cercana antes de moverse más allá.

El mausoleo estaba situado en una cuesta. Frente a ellos se alzaba una montaña coronada por un acantilado. A su izquierda, un camino atravesaba unos jardines, y a su derecha se levantaba una pared.

—Creo que tendremos que ir por ese camino —dijo Obi-Wan, señalando el sendero.

—Supongo —dijo Qui-Gon.

Todavía dudaba, buscando con su perspicaz mirada una manera de subir la cuesta de la montaña que tenían delante.

—Pero creo que…

De repente, el polvo explotó a los pies de Obi-Wan.

—¡Francotiradores! —gritó Qui-Gon—. ¡Ponte a cubierto!

Capítulo 4

Los disparos procedían de lo alto del acantilado que tenían sobre sus cabezas. Obi-Wan y Qui-Gon se deslizaron hasta alcanzar la pared que había a su derecha. Pequeños trozos de piedra saltaban a causa de los disparos que alcanzaban la pared. Qui-Gon sólo dispuso de medio segundo para averiguar qué había al otro lado del muro. Después saltó, seguido de Obi-Wan.

Cayeron en un pequeño espacio lleno de maquinaria humeante. Las paredes les rodeaban por tres lados, en el cuarto estaba el edificio del mausoleo. Por lo menos allí no les alcanzaban los disparos. Qui-Gon se preguntó por un instante si los francotiradores se habrían aburrido y se habrían ido.

Desafortunadamente, su larga experiencia le decía que los francotiradores *nunca* se aburren y se marchan.

Qui-Gon examinó la maquinaria.

—Deben de ser las unidades que mantienen la temperatura del edificio —observó mientras los disparos láser continuaban silbando sobre sus cabezas.

—Por lo menos estamos fuera de la línea de fuego —dijo Obi-Wan.

—Me temo que tenemos un problema mayor —continuó Qui-Gon. Se agachó para examinar un tanque de metal—. Está lleno de gasolina de protones. Si le alcanza un disparo volaremos por los aires.

Intercambió una mirada de preocupación con Obi-Wan. Tendrían que exponerse de nuevo a los francotiradores. No podían continuar allí, a la espera de que un disparo les alcanzase.

—Veamos qué hay al otro lado de aquella pared —dijo Qui-Gon, señalando el muro situado enfrente del que habían saltado para llegar allí.

Obi-Wan y Qui-Gon convocaron a la Fuerza. Cuando el Maestro Jedi la sintió crecer y manifestarse a su alrededor, saltó junto con Obi-Wan. A mitad de camino, en el aire, echaron una ojeada a lo que había en el otro lado. Sintieron que los disparos se acentuaban a su alrededor, pero Qui-Gon los iba rechazando con su sable de luz.

Cayeron al suelo.

—Hay un agujero en el fondo de ese barranco —informó Obi-Wan a Qui-Gon—. ¿Crees que podríamos ocultarnos allí?

—El suelo parece blando —dijo Qui-Gon—. Eso podría ayudarnos a no lesionarnos al caer, pero, si es pantanoso, podría ser peligroso. No me gustaría que nos ahogásemos en una ciénaga. Recuerda que el terreno de Melida/Daan está lleno de trampas.

—Al menos sorprenderíamos a los francotiradores —señaló Obi-Wan—. No esperan que vayamos a arriesgarnos.

Qui-Gon asintió.

—Podemos rodear el acantilado y subir por el otro lado para sorprenderles. Los matorrales nos esconderán. Ellos no saben por qué camino hemos venido, así que probablemente no esperan que les ataquemos.

—La única alternativa, Maestro, es volver atrás sobre el muro. Cuando hayamos llegado al camino podremos cobijarnos entre la vegetación de los jardines.

Qui-Gon se detuvo un momento, pensando en su siguiente movimiento. Mientras consideraba todas las circunstancias, pensó en cómo habían llegado Obi-Wan y él a actuar como una unidad. Aunque a veces hubiese roces en su relación, cuando estaban bajo presión se adecuaban perfectamente el uno al otro y sus pensamientos coincidían. Admiraba la habilidad de su padawan para, en cualquier circunstancia, pararse a pensar. Incluso en situaciones de gran peligro, Obi-Wan era capaz de elaborar una estrategia, de calcular las ventajas y los inconvenientes e incluso de bromear.

—Si vamos por los jardines perderemos el elemento sorpresa —dijo por fin Qui-Gon—. Recuerda esto, padawan: cuando uno está en inferioridad numérica, el factor sorpresa es tu mejor aliado. Probaremos a ir por el barranco.

Los disparos láser hacían un ruido metálico al chocar contra las máquinas, y Qui-Gon miró preocupado el tanque de gas.

—Creo que es el momento oportuno para que nos vayamos. Recuerda que tenemos una línea de arbustos justo al principio de la cuesta del otro lado. Intenta que tu salto sea lo más amplio que puedas.

Qui-Gon llamó a la Fuerza. Siempre estaba allí, lista para entrar en acción. Era su compañía, al igual que Obi-Wan. Imaginó el salto que necesitaba. Nada era imposible cuando la Fuerza estaba cerca. Su cuerpo sería capaz de hacer lo que fuera necesario.

Caminaron hacia atrás para coger impulso. Después corrieron, dieron tres pasos rápidamente e iniciaron el salto. Superaron la pared sin dificultad, y la Fuerza y el impulso los lanzó al vacío y les hizo caer al fondo del barranco.

Qui-Gon sintió el suelo pantanoso moviéndose debajo de sus pies cuando cayó, pero no fue absorbido por él. Obi-Wan cayó suavemente, muy cerca de su Maestro.

—Corre, padawan —le instó Qui-Gon.

El barro se pegaba a sus botas, dificultando su camino, mientras iban dando la vuelta al acantilado. Podían oír el sonido de los disparos y el de una granada de protones al explotar. Qui-Gon se giró. La granada había caído cerca del lugar donde ellos habían estado encerrados. Si acertaban directamente en el tanque de combustible sería de ayuda para camuflar aún más su ataque sorpresa.

Al fin llegaron al otro lado del acantilado. Era una subida rocosa, pero allí, al menos, el suelo era firme.

Obi-Wan se movía a su lado rápidamente y sin dar muestras de estar cansado; era su fuerza física potenciada por su fuerza mental. Qui-Gon sabía que, con el paso del tiempo, Obi-Wan adquiriría elegancia.

Redujeron la velocidad de su marcha a medida que se iban acercando a la cumbre de la colina. El factor sorpresa no era una simple ayuda, era completamente necesario. No tenían ni idea de cuántos francotiradores iban a encontrar allí.

Cuando estuvieron muy cerca de la cumbre, Qui-Gon hizo una señal, y ambos se echaron al suelo y comenzaron a reptar. Qui-Gon guió a Obi-Wan hacia un grupo de rocas situado en el borde de la colina y que les serviría de refugio.

Había cuatro francotiradores alineados en el pico de la colina, tirados en el suelo y apuntando con sus armas al mausoleo. *No muy complicado para un Jedi*, pensó Qui-Gon.

En silencio, sacó su sable láser. Obi-Wan le imitó. A un gesto de Qui-Gon, ambos se levantaron, activando sus armas. Se acercaron en silencio a sus atacantes.

Qui-Gon se encaró con el que parecía más fuerte y grande, y Obi-Wan atacó al francotirador que estaba a punto de dispararles. Con un simple movimiento de su sable láser, Obi-Wan partió por la mitad el rifle de su rival.

Qui-Gon golpeó el arma del atacante más grande, y el rifle salió volando de su mano. El francotirador se revolvió para esquivar el siguiente golpe y dio una patada a Qui-Gon. El golpe le alcanzó, sorprendiéndole. También se sorprendió de que el tirador sólo tuviese un brazo.

Un tercer francotirador se abalanzó sobre Qui-Gon con una vibrocuchilla. Qui-Gon se desplazó rápidamente hacia su izquierda para evitar el filo del arma, a la vez que intentaba desarmar a su atacante con el sable láser. Obi-Wan, por su parte, se dirigió al cuarto francotirador y, de una patada, tiró su arma terraplén abajo.

Qui-Gon saltó hacia atrás cuando el francotirador que sólo tenía un brazo sacó un arma que llevaba enfundada en la cadera. El disparo casi le acierta. El segundo enemigo, que había perdido su cuchilla, tiró a Qui-Gon una granada de protones. El Jedi la esquivó, y la granada se perdió por el precipicio.

Qui-Gon estaba intentando desarmar a su oponente cuando se sintió sacudido por una enorme explosión. La granada había alcanzado el tanque de combustible. Qui-Gon sintió que el aire que lo envolvía parecía una pared de fuego. Sus reflejos de Jedi le hicieron reaccionar con rapidez. Obi-Wan estaba igualmente prevenido, pero el cuarto atacante perdió el equilibrio y empezó a balancearse sobre el borde del acantilado. Se agarró a una raíz gracias a la cual, y con dificultad, consiguió salvarse de la caída. Obi-Wan se dirigió hacia él con su arma preparada, por si tenía que defenderse.

El adversario de Qui-Gon mantenía su arma lista para disparar. Era un poco más viejo que Qui-Gon. Debajo de su armadura se dejaba entrever un cuerpo fuerte y atlético. Una de sus mejillas tenía la carne dañada. Qui-Gon supuso que habría sido herido hace poco y que todavía no había tenido tiempo de recuperarse.

Los ojos del hombre se fijaron en el arma de Qui-Gon, luego se echó a reír.

—¿Es ése el famoso sable láser del que tanto he oído hablar?

Sorprendidos por la conversación que estaba manteniendo con el enemigo que trataba desesperadamente de matarle, Qui-Gon asintió.

El hombre esbozó una amplia sonrisa.

—¡Sois Jedi! ¡Pensábamos que erais Daan!

Qui-Gon no bajó la guardia.

El hombre puso su arma a un lado de su cuerpo.

—Relájate, Jedi. Por la fuerza de nuestras madres y el valor de nuestros padres, esto no es un truco. Soy vuestro contacto, Wehutti. ¡Por fin estáis aquí!

Capítulo 5

—Nos dijeron que nos encontraríamos en las afueras de Zehava —comentó Qui-Gon mientras desactivaba su sable láser.

—Siento no haber acudido a la cita —dijo Wehutti, acercándose a saludarles—. El mensaje que recibí del Templo estaba distorsionado. Los malignos Daan complican a veces las comunicaciones. Mandé un mensaje de contestación diciendo que me encontraría con los representantes de los Jedi y que esperaba instrucciones. Ahora mismo estamos en el sector que los Daan saquearon en la Vigésimo Segunda Batalla. Hasta que nos venguemos, ellos controlan las afueras de la ciudad. He estado husmeando por allí durante tres días con la esperanza de encontraros de alguna manera.

Extendió la palma de su mano hacia delante, haciendo el saludo local.

—Tú debes de ser Qui-Gon Jinn.

—Y éste es mi aprendiz, Obi-Wan Kenobi —dijo Qui-Gon.

Obi-Wan hizo una reverencia a Wehutti. Estaba encantado de que hubiesen encontrado a su contacto. Llevaban alrededor de una hora en Melida/Daan y ya se había dado cuenta de lo peligroso que era el lugar.

Wehutti presentó a sus compañeros: Moahdi, Kejas y Herut. Este último se tocó su dolorida muñeca e hizo una reverencia a Obi-Wan, que trató de ser amable a su vez.

—Parece que hemos tenido suerte al encontrarnos —dijo Qui-Gon—. Si los Daan controlan el perímetro de la ciudad, me sorprende que vosotros estéis aquí.

La expresión amable de Wehutti se volvió seria.

—Por la memoria de nuestros honorables ancestros, nosotros debemos proteger nuestra Sala de la Evidencia.

—¿Sala de la Evidencia? —preguntó Obi-Wan.

Wehutti señaló el monolito negro donde Qui-Gon y Obi-Wan habían estado paseando.

—Ahí guardamos las honorables memorias de nuestros gloriosos muertos. Todos ellos son guerreros y héroes. Si los terribles Daan pudieran, destrozarían nuestros lugares sagrados. Necesitamos demostrarles que no pueden.

—Así que los Melida y los Daan estáis todavía en guerra —observó Qui-Gon.

—No, en este momento tenemos un alto el fuego —explicó Wehutti.

Dibujó un círculo en el polvo con la punta de su bota, y después otro mayor alrededor de él.

—Los Daan, sedientos de sangre, sacaron a los Melida de *sus* casas y los redujeron al Círculo Interior —señaló el primer círculo—. Los bárbaros nos rodean desde el Círculo Exterior, pero algún día obtendremos la victoria. Reconquistaremos Zehava. Paso a paso, nos vamos expandiendo hacia el exterior.

Qui-Gon miró el arma que estaba en el suelo.

—Dices que estáis en un alto el fuego, pero veo que continuáis disparando.

—Yo dejaré mi arma el día que el pueblo Melida sea libre —dijo Wehutti firmemente.

—¿Qué hay de la Maestra Jedi Tahl? —preguntó Qui-Gon—. ¿Tenéis noticias suyas?

Wehutti asintió.

—He hablado con los líderes Melida. Están convencidos de que retener a un Jedi no será beneficioso para nuestra causa.

Se necesitará seguir negociando un poco más, pero estoy seguro de que será liberada y se la dejará a vuestro cargo.

—Eso son buenas noticias —dijo Qui-Gon.

Wehutti asintió.

—Bueno, nosotros tenemos que irnos. Éste no es un lugar seguro. Como nuestros adorados ancestros, estamos en peligro cada momento.

Se volvió hacia Moahdi, Kejas y Herut.

—Juntad las armas. Mirad a ver si podéis encontrar el rifle que ha caído por el acantilado. Os veré de nuevo en el Círculo Interior.

Los tres acompañantes se dieron prisa en buscar todas las armas, y, antes de marcharse, encontraron la vibrocuchilla y un rifle dañado. Wehutti cogió su rifle y lo colocó en su cartuchera.

—Nos quedan pocas armas —explicó al Jedi—. Incluso con desperfectos, hay que guardarlas para el día de nuestra venganza.

—¿También estáis escasos de recursos médicos? —preguntó Qui-Gon.

Wehutti asintió y señaló el brazo que le faltaba.

—Me temo que no hay prótesis de recambio. Algunos tuvieron la suerte de conseguir alguna, pero la mayoría no. Se nos terminó todo lo que teníamos antes de la Batalla de Zehava, y el Gobierno no tiene dinero para conseguir nada más. Pero no me importa. El sacrificio de mi pueblo significa más que mi dolor.

Qui-Gon tocó la parte de su cuerpo donde Wehutti le había herido.

—Lo haces bien —le dijo.

Wehutti les condujo a la parte baja de la escarpada colina, a través de un camino que pasaba por detrás de varias casas situadas al borde de un parque. El lugar estaba lleno de aviones de combate dañados.

—No parece que los Daan tengan muchos recursos tampoco —apuntó Qui-Gon.

—La última guerra supuso la bancarrota para ambos contrincantes —dijo alegremente Wehutti—. Por lo menos en eso estamos igualados.

Alargó dos discos amarillos a los Jedi.

—Por si acaso nos paran, esto son identificaciones Daan falsificadas. Pero esperemos que no nos detengan.

Wehutti les condujo a través de retorcidos callejones y abandonados jardines entre las casas, por estrechas calles y por encima de algunos tejados. Si veían a alguien, se escondían en las sombras de los edificios o simplemente empezaban a caminar en dirección opuesta. Empezó a caer una fina lluvia que vació las calles de gente.

—Conoces bien la ciudad —observó Qui-Gon.

La boca de Wehutti hizo un gesto.

—Viví en esta zona cuando era pequeño. Ahora se me prohíbe venir aquí.

Por fin llegaron a un área desolada. Los edificios habían sido bombardeados y los cristales de las ventanas estaban rotos.

—Esto solía ser un barrio Melida —explicó Wehutti—. Ahora, los Daan lo controlan, pero nadie vive aquí. Está demasiado cerca del territorio Melida.

Caminaron rápido a lo largo de la calle. Delante tenían una valla alta con dos torres deflectoras. Los cañones apuntaban hacia la calle.

—Tranquilos —dijo Wehutti—. Los guardias me conocen.

Wehutti hizo un gesto de saludo informal a los guardias, que les permitieron pasar el puesto de control y saludaron respetuosamente. Obi-Wan notó que eran mayores, probablemente de unos sesenta años. Parecían ser antiguos guardias.

Cuando estuvieron en territorio Melida, Obi-Wan trató de relajarse, pero sus nervios se lo impedían. Se sentía tan aprensivo como lo había estado en territorio Daan. Posiblemente era por las fuertes interferencias que sentía en la Fuerza. Qui-Gon iba a su lado, con su expresión impasible, pero Obi-Wan sabía que su Maestro permanecía atento y alerta.

Había barricadas y puestos de control en casi todos los edificios. Podía ver las evidencias de las batallas que se habían librado allí: señales de disparos y de granadas en los edificios, algunos de los cuales estaban en ruinas. Todos los ciudadanos que se encontraron por las calles llevaban armas. Era como lo que había oído que sucedía en planetas alejados de la galaxia, donde no existían leyes.

—Hemos visto otras Salas de la Evidencia mientras sobrevolábamos Melida/Daan —comentó Qui-Gon a Wehutti.

—Nosotros llamamos Melida a nuestro mundo —corrigió amistosamente Wehutti—. No queremos unir nuestra gloriosa tradición con la de los sucios Daan. Sí, incluso los Daan tienen sus propias Salas de la Evidencia. Evidencia de sus mentiras, como decimos nosotros. Los Melida visitamos a nuestros ancestros cada semana para oír sus narraciones. Llevamos a nuestros hijos para que tengan presente la historia de las injusticias que han sufrido los Melida a manos de los Daan. Nadie olvida. Nadie podrá olvidar nunca.

Obi-Wan sintió un escalofrío al oír las palabras de Wehutti. Incluso siendo los Daan tan malos como él decía, ¿cómo podrían seguir peleando, batalla tras batalla, si estaban destrozando su propio mundo poco a poco? Resultaba evidente que Zehava había sido una ciudad bonita alguna vez. Ahora estaba en ruinas. Al construir esos mausoleos, ¿estaban manteniendo viva la historia o destrozando su propia civilización?

Obi-Wan pensó que había algo más que no estaba bien. Algo que rondaba por su cabeza y que no le permitía relajarse.

La mirada distraída de Obi-Wan se dirigió hacia el final de la calle, donde un grupo de Melidas se sentaba en la terraza de un café. La ventana del restaurante había sido

volada, y el fuego había destrozado el interior, pero el propietario había puesto sillas y mesas fuera. Había unas cuantas plantas con flores rojas que habían sido colocadas allí para añadir una nota alegre al edificio bombardeado.

De repente, Obi-Wan se dio cuenta de lo que no encajaba.

No había visto a nadie por la calle que tuviera entre 20 y 50 años. La gente de la calle era, en su mayor parte, ancianos o niños como él. No había visto a nadie de la edad de Qui-Gon a excepción de Wehutti. Se dio cuenta de que incluso los otros francotiradores parecían gente mayor. ¿La gente de mediana edad estaba trabajando o se reunían en algún lugar?

—Wehutti, ¿dónde está la gente de mediana edad? —preguntó Obi-Wan con curiosidad.

—Están muertos —afirmó Wehutti, tajante.

Incluso Qui-Gon pareció sorprendido.

—¿Las guerras han acabado con toda la Generación de Mediana Edad?

—Los Daan han acabado con esa generación —corrigió Wehutti con un gesto de horror.

Qui-Gon había notado la misma falta de población de esa edad, pero no se lo había querido mencionar a Wehutti. Obviamente, el odio que profesaban a los Daan era tan profundo que no veían las dos versiones de la historia.

Cuando pasaron por el café, Obi-Wan observó que había pintadas en las paredes medio destruidas. Escrito en un color rojo chillón, habían puesto las palabras: «¡Los Jóvenes ganarán! ¡Somos la esperanza!»

Doblaron una esquina y caminaron por un vecindario antaño próspero. Mientras pasaban junto a las barricadas construidas en lo que una vez fueron agradables plazas, Obi-Wan vio más pintadas. Todas repetían las frases que habían visto en el café.

—¿Quiénes son los Jóvenes? —preguntó a Wehutti, señalando la pintada—. ¿Algún tipo de grupo?

Wehutti frunció el ceño.

—Sólo niños haciendo travesuras. No basta con tener que vivir entre jardines y casas destrozados por los Daan. Además, nuestros propios hijos deterioran el paisaje pintando las paredes. Ah, ya hemos llegado.

Paró en lo que una vez debió de ser una lujosa mansión.

Una sólida muralla de acero coronada por cables electrificados había sido construida a su alrededor. Las ventanas tenían barrotes, y Obi-Wan estaba seguro de que producirían una descarga si se tocaban. La casa era ahora una fortaleza.

Wehutti se paró delante de la puerta y colocó el ojo frente a un lector de iris. La puerta se abrió, y él les indicó por señas que pasaran.

Entraron en un patio amurallado. Enfrente de la casa había un mueble lleno de armas.

—Lo siento, pero tendréis que dejar vuestros sables láser aquí —se disculpó Wehutti. Luego se despojó de sus propias armas—. Éstos son los cuarteles Melida. Es una zona sin armas.

Qui-Gon dudó un instante. Obi-Wan esperó para ver qué debía hacer. Un Jedi nunca se separa de su arma.

—Lo siento, pero si no respetáis esta regla las negociaciones no irán muy bien —dijo Wehutti en un tono conciliador—. Necesitan una prueba de vuestra confianza, ya que vosotros sois los que habéis pedido hablar con ellos. Pero es vuestra elección.

Muy despacio, Qui-Gon se quitó su sable láser y asintió a Obi-Wan para indicarle que hiciese lo mismo. El Maestro Jedi dejó el arma en el mueble y luego cogió la de Obi-Wan y la dejó junto a la suya.

Wehutti sonrió.

—Estoy seguro de que así todo irá bien.

Qui-Gon indicó a Obi-Wan que empezara a andar delante de él, mientras él colocaba su capa alrededor de su cuerpo. Wehutti caminaba detrás de ellos.

El pasillo era oscuro y el suelo de piedra tenía numerosos agujeros. Wehutti les hizo torcer hacia la izquierda. Las ventanas estaban recubiertas con un material oscuro que no permitía pasar la luz. Había una lámpara en una esquina que lanzaba tímidos destellos que se perdían entre las sombras.

Obi-Wan adivinó la presencia de un grupo de hombres y mujeres sentados en una mesa larga situada contra una pared. Era como si los estuviesen esperando.

—El Consejo Melida —les comentó Wehutti en un susurro—. Ellos gobiernan a los Melida.

Cerró la pesada puerta tras ellos. Obi-Wan oyó cómo pasaban un cerrojo. Echó una mirada rápida a Qui-Gon para tratar de ver si su Maestro sentía la misma clase de aprensión que él.

—He vuelto, camaradas —anunció Wehutti. Extendió sus brazos para señalar a Qui-Gon y a Obi-Wan—. ¡Y he traído a dos rehenes Jedi más para unirse a nuestra gran causa!

Capítulo 6

Wehutti acababa de terminar de hablar cuando Qui-Gon se movió. Su sable láser se activó mientras Wehutti todavía estaba sonriendo. Qui-Gon giró, alcanzando a Wehutti en el hombro. Al mismo tiempo, lanzó a Obi-Wan su sable, con la esperanza de que el chico estuviera preparado para cogerlo.

Qui-Gon se esperaba la traición, y no necesitaba que la Fuerza le advirtiese de que Wehutti les estaba conduciendo a una trampa. Su instinto se lo había dicho incluso antes de entrar por las puertas del Círculo Interior. Cuando Wehutti les dijo que dejaran las armas, Qui-Gon fingió cierta duda. Había previsto la petición y estaba preparado para ella, y había sido fácil fingir que se estaba arreglando la capa para recuperar los sables láser.

Incluso los hombres más inteligentes sólo ven lo que desean ver. Wehutti ya se estaba felicitando por la ingenuidad de los Jedi al dejarse atrapar.

Wehutti cayó al suelo con un grito de dolor y de rabia. Obi-Wan activó su sable láser.

—La puerta —le dijo Qui-Gon, preparándose para defenderse del grupo sentado a la mesa.

Muchos habían comenzado a levantarse, pero el resto estaba todavía demasiado sorprendido para reaccionar.

Oyó a Obi-Wan dar un golpe al candado. Dos guerreros, un hombre y una mujer, habían reaccionado más rápidamente que los otros y se dirigían a Qui-Gon empuñando sus armas.

De repente, la luz lo inundó todo. Obi-Wan debía de haber activado la iluminación mientras trataba de abrir la puerta. Era mejor no luchar en la oscuridad, aunque un Jedi estuviese entrenado para ello.

Qui-Gon reprimió su sorpresa cuando vio a los soldados Melida a la luz. Todos presentaban heridas de consideración. Vio que tenían lesiones en cara y brazos, y piernas ortopédicas. Dos de ellos usaban máscaras para respirar.

Los Melida y los Daan se estaban destrozando literalmente, trozo a trozo.

Fue un pensamiento fugaz que se fue tan rápido como vino. Qui-Gon sabía que tenía que concentrarse en la lucha. Fue rechazando los disparos a medida que corría hacia Obi-Wan, que había hecho saltar el candado fácilmente. La puerta estaba abierta. Obi-Wan y Qui-Gon salieron corriendo de la habitación, hacia el pasillo.

Oyeron ruido de pisadas sobre sus cabezas y se pararon. Una luz roja intermitente brillaba con fuerza en una de las paredes. De repente, unas barras cayeron sobre la puerta principal.

—Alguien ha puesto en funcionamiento una alarma silenciosa —dijo Qui-Gon.

—Nunca saldremos por esa puerta —advirtió Obi-Wan.

Volvieron por el pasillo, intentando encontrar una puerta posterior. Sabían que tenían poco tiempo hasta que el resto de los soldados Melida los encontrasen.

A medida que pasaban por distintos puntos del pasillo, iban sonando diversos dispositivos electrónicos.

—Son sensores de localización —dijo Qui-Gon—. Nos siguen, saben exactamente dónde estamos.

Al final del pasillo encontraron una puerta altamente protegida. Qui-Gon giró a la izquierda y abrió la primera puerta que vio. Intentarían escapar a través de una ventana, si podían, claro.

La habitación de techo alto estaba llena de equipamiento almacenado: circuitos, equipos de navegación, partes de sensores, androides desmantelados.

Qui-Gon se dirigió a la ventana. Barras de alta tensión cruzaban el cristal. Era un dispositivo de seguridad capaz de alejar a cualquier tipo de criatura y construido para resistir el ataque de cualquier arma. Menos los sables láser de los Jedi. Qui-Gon cortó las barras con un solo golpe, abriendo un agujero lo suficientemente grande como para que pudiesen pasar a través de él. Hizo lo mismo con el cristal de la ventana.

—Vamos, padawan —dijo Qui-Gon.

El chico pasó fácilmente a través del agujero. Qui-Gon le siguió. Se encontraron en un patio amurallado. Qui-Gon calculó que no sería difícil escalar el muro. Demasiado fácil.

—Vamos, Qui-Gon —dijo Obi-Wan con impaciencia.

—Espera.

Qui-Gon se acercó al muro, se agachó y lo examinó.

—Está minado —dijo a Obi-Wan—. Detonadores térmicos. Si lo escalamos, o simplemente saltamos sobre él, los sensores infrarrojos nos harán saltar por los aires.

—Así que estamos atrapados.

—Me temo que sí —contestó Qui-Gon, estudiando todas las posibilidades.

Tendrían que entrar en la fortaleza Melida y luchar para lograr huir. No tenían mucho tiempo. Los soldados adivinarían dónde estaban en unos pocos segundos.

Qui-Gon escuchó un sonido metálico y se giró con su sable láser en alto. Pero no había ningún soldado Melida cerca. El sonido procedía del suelo. Una pequeña gruta se estaba abriendo frente a ellos.

De la abertura salió una mano pequeña y sucia que les hacía gestos.

Obi-Wan, confundido, miró a Qui-Gon.

—¿Qué hacemos?

Una voz irónica surgió de la cueva.

—Venid. Hablemos. Esperaré. Tenemos mucho tiempo.

Qui-Gon oyó cómo corrían y gritaban dentro de la fortaleza. En cualquier momento, los soldados aparecerían en la ventana.

—Vámonos —dijo a Obi-Wan.

Esperó hasta que su padawan se deslizó a través de la abertura. Qui-Gon le siguió a ciegas y buscó con sus pies. Encontró una escalera y, con la esperanza de no haberse equivocado, empezó a descender.

Capítulo 7

Obi-Wan llegó al final de la renqueante escalera de metal. Tras bajar el último escalón, notó que pisaba un suelo cubierto de agua que le llegaba a la altura de los tobillos. Qui-Gon le seguía, moviéndose con su elegancia habitual y sorprendido de encontrarse con esa presencia.

Era imposible decir si su rescatador era hombre o mujer. La figura vestía una túnica amplia, y en ese momento se colocaba un sucio dedo en los labios. Después levantó el dedo y señaló hacia arriba. El significado de esos gestos estaba claro. Si no caminaban en silencio, los guardias de arriba les oirían.

Los pasos que oían sobre sus cabezas eran fuertes; las voces, enfadadas. El salvador de los Jedi se giró y comenzó a andar muy despacio en el agua, levantando un pie y volviendo a sumergirlo con cuidado para no hacer ningún ruido. Obi-Wan le imitó. En silencio, y con mucha cautela, fueron avanzando a lo largo del túnel.

Las paredes estaban reforzadas con vigas astilladas. Obi-Wan las miró con desconfianza. No le parecía que el túnel fuera muy seguro. De todas formas, era mejor que luchar para huir de una fortaleza altamente protegida.

En cuanto se alejaron un poco de la entrada, comenzaron a andar a buen ritmo. Debido al agua y al barro, caminaron con gran esfuerzo a lo largo de lo que parecían kilómetros de túnel. A veces, el nivel del agua les subía por encima de las rodillas.

Su rescatador les llevó por túneles que formaban parte del alcantarillado, donde el olor era terrible. Obi-Wan trató de no vomitar. El desconocido hizo como que no se daba cuenta y siguió caminando a la misma velocidad.

Por fin llegaron a un gran espacio abovedado iluminado por brillantes antorchas colocadas en las paredes. El suelo estaba seco y el aire era mucho más respirable. La habitación estaba llena de cajas rectangulares de piedra cubiertas de musgo. Algunas de ellas estaban alineadas cerca de las paredes.

—Tumbas —murmuró Qui-Gon—. Es un viejo cementerio.

Una de las tumbas, a la que habían limpiado el musgo, desprendía un resplandor blanco en medio de la oscuridad. Había asientos alrededor de ella. Un grupo de chicos y chicas, algunos de la edad de Obi-Wan, otros más jóvenes, estaban sentados allí, comiendo sobre la improvisada mesa.

Un chico alto de pelo oscuro y muy rizado se dio cuenta de su presencia y se puso de pie.

—Los encontré —anunció el rescatador.

El chico asintió.

—Bienvenidos, Jedi —dijo solemnemente—. Somos los Jóvenes.

Alrededor de ellos, las paredes parecieron moverse. Muchachos y muchachas empezaron a salir de las sombras, surgiendo de la oscuridad y de detrás de las tumbas que estaban cerca de Obi-Wan y Qui-Gon.

Asustado, Obi-Wan miró sus caras. La mayoría estaban delgados y vestían harapos. Todos llevaban armas improvisadas colgadas de sus cinturones o al hombro. Les miraban con curiosidad, sin ninguna intención de ser amables.

El chico alto se les acercó. Llevaba la pieza de una armadura.

—Soy Nield, el jefe de los Jóvenes. Ésta es Cerasi.

Su rescatador se quitó la capucha y Obi-Wan pudo ver que se trataba de una chica de aproximadamente su misma edad. Llevaba el pelo corto y descuidado. Tenía la cara redonda y la barbilla picuda. Sus ojos verdes claros eran como piedras preciosas, resplandecían en la oscuridad de la bóveda.

—Gracias por rescatarnos —dijo Qui-Gon—. ¿Por qué lo hiciste?

—Sólo habríais sido un peón en el juego de la guerra —dijo Nield, encogiéndose de hombros—. Nos gustaría que ese juego acabara.

—Vi las pintadas de la ciudad —dijo Obi-Wan—. ¿Sois Melida o Daan?

Cerasi negó con la cabeza.

—Cada uno es lo que es —dijo, levantando orgullosamente su cabeza.

—¿Queréis parar la guerra? —preguntó Qui-Gon.

—Se supone que ahora hay una tregua —señaló Obi-Wan. Nield hizo un gesto despectivo con la mano.

—La guerra comenzará de nuevo. Mañana, la próxima semana… Siempre es igual. Ni siquiera los más viejos pueden recordar el origen del enfrentamiento. No recuerdan por qué empezó la guerra. Sólo recuerdan las batallas. Guardan archivos de ellas y van una vez por semana para rememorar la cantidad de sangre que se ha derramado, y nos obligaban a ir también.

—Las Salas de la Evidencia —asintió Obi-Wan.

—Sí, malgastan el dinero allí mientras la ciudad se desmorona a nuestro alrededor —dijo Nield enérgicamente—. Mientras los niños mueren de hambre y los enfermos por falta de medicinas. Ambos, los Melida y los Daan, arrasan grandes cantidades de territorio y no dejan terreno para la agricultura. No hay un pedazo de tierra que no haya sido utilizado para la guerra o se esté preparando para una guerra futura.

—Y mientras siguen luchando —señaló Cerasi—. El odio no cesa.

—¿A quién defienden nuestros gloriosos líderes? —preguntó Nield—. Sólo a los muertos.

Señaló a las tumbas.

—Hay muertos por todo Melida/Daan. Ya no queda espacio para colocarlos. Esto es un antiguo cementerio subterráneo, pero hay otros más arriba. Los Jóvenes queremos luchar por los vivos. Es nuestra responsabilidad volver a instaurar la paz en el planeta. La Generación de Mediana Edad ha desaparecido, y nuestros padres están muertos. Los que quedan se han unido a los Mayores para seguir luchando. Desde que la mayor parte de la munición y las armas se agotó en la última batalla, las tácticas bélicas utilizadas son los francotiradores y los sabotajes.

—Casi no quedan cazas de combate —les dijo Cerasi—. Los Melida y los Daan malgastan todo su dinero en levantar fábricas para construir más armas. Obligan a los niños a trabajar allí. Obligan a cualquiera que tenga más de catorce años a ingresar en el ejército. Por eso nos escondemos aquí. La otra opción era morir.

Obi-Wan miró alrededor de la bóveda, al rostro de los chicos y las chicas. Con lo que había visto en el poco tiempo que llevaba en este mundo, sabía que Nield y Cerasi tenían razón. Los Mayores estaban destrozando el planeta. Las antiguas y clásicas leyes morales sobre mejorar el mundo para las generaciones futuras no servían aquí. Incluso los niños eran sacrificados por el sentimiento de odio. Obi-Wan les admiró por su manera de resistirse.

—Por eso te salvamos de Wehutti —explicó Nield—. El Consejo de Guerra planeaba utilizaros como rehenes para forzar al Consejo Jedi a que les devolviera el Gobierno. Esperaban poder obligaros a hablar en su favor en el Senado de Coruscant.

—Entonces es que no conocen a los Jedi —señaló Qui-Gon.

Habló un chico delgado.

—No saben nada —dijo en un tono de burla—. Son Melida.

Nield salió disparado hacia él, le agarró del cuello y le levantó del suelo. El chico pataleaba mientras Nield le apretaba la garganta. Los ojos del chaval se abrían con desesperación. Dejó escapar un sonido angustioso con el que trataba de coger aire. Nield apretó aún más fuerte.

Qui-Gon dio un paso hacia delante, pero justo en ese momento Nield soltó al chico, que cayó al suelo jadeando.

—No hables así aquí —dijo Nield—. Nunca. Cada uno es de donde es. Towan, dormirás durante tres días en el Desagüe Dos por haber dicho eso.

El chico asintió, llevándose las manos al cuello y tratando de recuperar el ritmo normal de respiración. Nadie le miró cuando se dirigió a la parte trasera del grupo y se perdió entre las sombras.

—Os ayudaremos a encontrar a Tahl —dijo Nield tranquilamente, volviendo a la conversación como si no hubiera pasado nada—. Pero vosotros también tendréis que ayudarnos a nosotros.

Obi-Wan tuvo que contenerse para no gritar: «¡Por supuesto que os ayudaremos!» Era su Maestro el que tenía que tomar una decisión. Nunca se había enfrentado a una situación cuya causa le pareciera más justa. Habían sido enviados a rescatar a Tahl, pero seguramente podrían continuar con su misión de Guardianes de la Paz. El principal propósito de la galaxia era conseguir la paz para ese planeta. Nield les estaba dando la oportunidad de hacer algo por la paz, a la vez que cumplían el propósito originario de su misión. Esperó a que Qui-Gon hablara. Los ojos de todos los presentes en la bóveda estaban expectantes, clavados en la figura del fornido Caballero Jedi.

—Hemos hablado con los Melida —dijo Qui-Gon con precaución—. Y con vosotros. Pero todavía no tenemos una visión completa de lo que sucede ahí afuera. No os puedo prometer la ayuda hasta que no haya hablado con los Daan.

Pasó un momento hasta que las palabras de Qui-Gon hicieron su efecto. Después, la cara de Nield se volvió roja de ira.

—¿Quieres ver algo de los Daan? —preguntó, retándole—. Yo soy Daan. Ven conmigo. Te mostraré por qué los Daan no son mejores que los Melida. Pero tampoco peores.

Capítulo 8

Cerasi les condujo de nuevo a través de los túneles, pero esta vez en dirección contraria a la que habían venido, directos hacia el territorio Daan.

—Cerasi conoce cada rincón de estos túneles —explicó Nield mientras la seguían.

Su repentino enfado había desaparecido tan pronto como llegó.

—Fue la primera que vino a vivir aquí.

—¿Por qué? —preguntó Qui-Gon.

—Entendió lo que estaba sucediendo, como me pasó a mí —contestó Nield—. No podemos vivir arriba. Abajo tenemos suciedad y humedad, pero al menos también tenemos esperanza.

Sus dientes blanquearon la oscuridad al sonreír.

—Puede que os parezca extraño, pero somos más felices aquí.

—No es extraño en absoluto —dijo Obi-Wan.

—¿Habéis construido vosotros los túneles? —preguntó Qui-Gon—. Parecen nuevos.

Nield asintió antes de meterse por una pequeña abertura que les condujo a un túnel nuevo.

—Los hicimos centímetro a centímetro, pieza a pieza. Fueron construidos durante la Decimoctava Batalla de Zehava. Los Daan construyeron túneles para el agua y el alcantarillado y pasaron a través de los cementerios subterráneos de la Décima Batalla, trabajando por las noches para entrar en territorio Melida. Fue entonces cuando la ciudad se dividió en Norte y Sur. Ganaron la batalla.

—La Decimonovena Batalla ocurrió unos escasos seis meses después —comentó Cerasi—. Las batallas nunca terminan. Nunca lo harán a menos que nosotros actuemos.

Cerasi se detuvo. Se filtraba luz a través de un agujero en la piedra.

—Aquí.

Qui-Gon miró el techo curvado del túnel.

—¿Dónde?

Cerasi sacó una madeja de cuerda de su cinturón, la lanzó con destreza hacia arriba y, con un movimiento mínimo de su muñeca, la enganchó en un saliente del techo. Luego comprobó que estaba bien enganchada y miró con una sonrisa a Qui-Gon.

—No te preocupes, está preparada para aguantar incluso tu peso.

Cerasi empezó a subir por la cuerda, colocando una mano a continuación de la otra. Cuando casi había llegado al techo, se soltó de la cuerda y metió los dedos en una abertura de la roca. Se quedó allí, colgando de cara a la abertura.

—Está despejado —les dijo en voz baja.

Se echó hacia atrás y comenzó a balancearse. Utilizando el impulso, dio una patada a la roca, que se movió, y con un segundo impulso logró desplazarla aún más. Qui-Gon oyó el ruido de la piedra arrastrándose en el piso superior. En el siguiente balanceo, Cerasi metió sus pies con facilidad en la abertura. Luego se dobló para meter el resto del cuerpo por el agujero.

La operación había durado unos treinta segundos. Qui-Gon admiró la agilidad y la fuerza de Cerasi.

La joven asomó su cabeza.

—No hay nadie.

Uno a uno, los tres subieron por la cuerda y después se deslizaron a través del agujero. No tenían la misma habilidad y elegancia que Cerasi, pero todos consiguieron entrar.

Qui-Gon comprobó que se encontraban en una nave de almacenamiento situada dentro de un edificio de servicio, en la parte trasera de un lugar abandonado. Era un sitio muy apropiado para esconder la entrada a los túneles.

Ahora era Nield quien los guiaba, ya que conocía bien el área Daan.

—No os preocupéis —dijo a los Jedi—. Soy Daan, así que sé dónde estoy. Estáis seguros en territorio Daan. Los Daan al menos no quieren tomaros como rehenes.

Ahora que Qui-Gon disponía de más tiempo, pudo estudiar con más detenimiento el territorio Daan. No era muy diferente del Círculo Interior. Había edificios bombardeados, abandonados y con barricadas, y escasez de alimentos en las tiendas. Todo el mundo intentaba hacer su vida cotidiana, pero llevaban armas viejas. Nadie parecía más joven de sesenta años o más viejo de veinte.

—Solía ser una ciudad muy bonita —remarcó Nield, y se notó tristeza en su voz—. He visto dibujos y recreaciones holográficas. Ha sido completamente reconstruida siete veces. De cuando yo era muy pequeño, recuerdo jardines y arbustos, incluso un museo que no tenía nada que ver con los mausoleos.

—Durante cinco años no hubo barricadas —comentó Cerasi—. Los Daan y los Melida se mezclaron en ambos sectores. En algunos barrios vivían unos al lado de los otros. Hasta que comenzó la Vigésimo Quinta Batalla de Zehava.

—¿Dónde están tus padres, Cerasi? —preguntó Obi-Wan.

Cerasi hizo un gesto difícil de descifrar para Qui-Gon. Pareció dudar antes de contar una parte de su historia personal.

—Su odio los destruyó, como a muchos otros. Mi madre murió mientras conducía un vehículo militar. A mi hermano lo mandaron al campo, a trabajar en una fábrica de municiones. No he vuelto a saber nada de él.

—¿Y tu padre?

La cara de Cerasi perdió el color.

—Está muerto.

Aquí hay una historia, pensó Qui-Gon. Se dio cuenta de que cada uno de los Jóvenes había vivido una similar, llena de dolor y tragedia, con la pérdida temprana de sus padres y con su familia rota. Ese era su lazo de unión.

Más adelante, Qui-Gon vio un reflejo de agua azul. Bajaron por un ancho bulevar, a cuyos lados se veían los agujeros causados por las bombas de protones al caer.

—Éste es el lago Weir —dijo Nield—. Yo venía aquí a nadar cuando era pequeño. Ahora puedes ver lo que los Daan han hecho con él.

A medida que se acercaban, Qui-Gon observó que el fragmento azul que había intuido entre dos edificios se hacía más ancho; el lago era bastante grande. Hubiera sido un lugar bastante agradable, de no ser por los edificios de piedra bajos y negros que flotaban sobre las aguas.

—Otra Sala de la Evidencia —dijo Nield con disgusto—. Es el último lugar con agua en kilómetros a la redonda, pero ahora nadie puede disfrutar de él excepto los muertos.

El viento movió el cabello de Nield mientras miraba hacia el agua. Su expresión de enfado se había convertido en una de tristeza, y Qui-Gon intuyó que estaría recordando algún momento del pasado. De repente, se dio cuenta de lo joven que era Nield. Bajo tierra, su comportamiento había hecho que pareciese mayor, pero ahora se daba cuenta de que debía de tener la misma edad que Obi-Wan.

Qui-Gon echó una rápida mirada a Cerasi. Su bonita cara estaba pálida, casi sin color, pero pudo ver a la chiquilla que fue un día. Pensó con dolor que todos eran demasiado jóvenes. Demasiado jóvenes para la misión que se habían impuesto, para resolver los errores cometidos durante siglos y salvar un mundo destruido por la tensión y las luchas.

—Vamos —dijo Nield—. Oigamos lo que nos cuentan los muertos felices.

Comenzó a andar, y todos le siguieron. Entró por la puerta de piedra y pasó rápidamente por las hileras, de monumento en monumento. Activaba todos los hologramas, pero no se paraba a escuchar ninguno. Sus voces llenaron el amplio espacio, haciendo eco con sus historias de venganza y odio. Nield empezó a correr, presionando los controles que activaban las historias de los muertos.

Finalmente se paró frente al último holograma que había activado. Era un hombre alto, vestido con una armadura, y cuyo pelo le llegaba a los hombros.

—Soy Micae, hijo de Terandi de Garth, del País del Norte —dijo el holograma—. Yo no era más que un niño cuando los Melida invadieron Garth y expulsaron a mi pueblo a los campos. Muchos murieron, incluyendo…

—¿Y por qué hicieron eso los Melida, eh, loco? —Nield se burló de la figura—. ¿Quizá porque los soldados Daan del País del Norte atacaron los asentamientos Melida sin avisar, matando a cientos de ellos?

La historia del holograma seguía adelante.

—… y mi madre murió ese día sin haber podido reunirse con mi padre. Mi padre murió en la gran Batalla de las Llanuras, vengando el gran error Melida en la Batalla del Norte…

—¡Que había ocurrido un siglo antes! —se burló Nield.

—… y todavía hoy yo lucho con mis tres hijos. Mi hijo menor es todavía demasiado pequeño para venir con nosotros. Lucho hoy para que él nunca tenga que luchar…

—¡Qué gran oportunidad! —siguió burlándose Nield.

—Buscamos la justicia, no la venganza. Y por eso sé que venceremos.

El guerrero levantó el puño y después lo abrió en un gesto de paz.

—¡Locos y mentirosos! —gritó Nield. Se separó con violencia del holograma.

—Salgamos. No puedo aguantar ni un minuto más estas voces estúpidas.

Salieron al exterior. Unas nubes grises empezaban a acumularse en el cielo, y el agua parecía casi tan negra como el gran edificio que flotaba sobre ella, proyectando una gran sombra. Era difícil decir dónde terminaba el edificio y dónde el agua.

—¿Lo ves? —preguntó Nield a Qui-Gon—. Nunca pararán. Los Jóvenes somos la única esperanza de este mundo. Sé que los Jedi sois sabios. Tenéis que ver que nuestra causa es justa. ¿No nos merecemos una oportunidad?

Los ojos dorados de Nield refulgían de emoción. Qui-Gon miró a Obi-Wan. Vio que el chico no sólo se había conmovido con las palabras de Nield, sino que estaba fuertemente convencido.

Esto complicaba las cosas. Aunque las circunstancias llegaran a tocar el corazón de un Jedi, era su deber mantenerse frío e imparcial. La situación aquí era complicada y volátil. Necesitarían tener las cosas claras para poder manejarse bien en el planeta. Su instinto le decía que era mejor no tomar partido por ninguno de los bandos.

Pero también estaba el tema de Tahl. Rescatarla era el motivo principal de su misión. Nield había prometido ayudarles. ¿Podía confiar en él?

—Sé dónde tienen retenida a Tahl —dijo Nield, como si hubiese leído los pensamientos de Qui-Gon—. Está viva.

—¿Puedes llevarnos hasta ella? —preguntó Qui-Gon.

—Cerasi puede —dijo Nield—, vuestra amiga está a buen recaudo, pero yo tengo un plan. Mientras vosotros rescatáis a Tahl, los Jóvenes lanzaremos un ataque sorpresa.

—No estoy muy seguro de que el ataque sea muy sorprendente, ya que los Melida saben que los Jedi andamos por aquí —dijo Qui-Gon—. Estarán esperándolo.

—Pero lo que no esperan es un ataque Daan.

—¿Los Daan van a atacar? —preguntó Obi-Wan.

—No —contestó Nield—, pero eso no significa que los Melida crean que han sido ellos. Nuestro plan contempla realizar ataques en ambos sectores, el Melida y el Daan. Los Melida pensarán que les están atacando los Daan, y sacarán sus fuerzas a la calle para defenderse. Los Daan harán lo mismo. Os prometo que habrá confusión y caos. Y entonces podréis rescatar a Tahl.

—Pero tú no tienes armas —dijo Obi-Wan—. ¿Cómo piensas atacar?

—Tenemos un plan —dijo misteriosamente Nield—. Sólo os pedimos que os quedéis en la bóveda y no entréis en contacto con los Melida. Ahora mismo os están buscando por todas partes. Es mejor que sus esfuerzos se concentren en esa tarea, y así nosotros podremos hacer mejor nuestro trabajo.

—¿Habéis visto lo fácil que será esto para vosotros? —preguntó Cerasi—. Sólo os pedimos que no hagáis nada.

—Nosotros nos ocuparemos de distraerlos —continuó Nield—. Y vosotros de Tahl. Sé que está gravemente herida y que necesita cuidados médicos.

Enfadado, Qui-Gon miró el agua, tratando de ganar tiempo. Sabía que Nield le estaba manipulando, forzándole a aceptar sus planes para poder cumplir su misión. Estaba siendo manejado por un chiquillo.

Y veía que Obi-Wan disfrutaba con esta situación. Registró otro estremecimiento de aprensión a lo largo de su columna vertebral.

Se volvió hacia Nield y Cerasi.

—De acuerdo —dijo—. Obi-Wan y yo esperaremos a que nos traigáis a Tahl. Nuestro objetivo prioritario era rescatarla. Después de todo, estáis en vuestro derecho. ¿Es suficiente?

Nield sonrió.

—Era todo lo que necesitábamos.

Capítulo 9

Ya de vuelta al túnel comenzaron los preparativos. Nield y Cerasi se unieron al resto de los Jóvenes y empezaron a conversar con ellos. Obi-Wan estaba sentado tranquilamente en la mesa, observándoles. La determinación en sus caras le decía que cualquiera que fuese el resultado de la acción, los Daan y los Melida se iban a llevar una gran sorpresa al amanecer del día siguiente.

Qui-Gon caminaba en el otro extremo de la habitación, dando muestras de una extraña impaciencia.

—Si necesitáis ayuda para la estrategia… —comenzó a decir.

Cerasi se volvió.

—No —dijo cortante—. No necesitamos ayuda.

—Otra opinión podría servir sólo para afianzar tus planteamientos —dijo Qui-Gon tranquilamente.

Esta vez, Cerasi no se molestó en volverse. Nield ni siquiera levantó la cabeza.

—Nosotros no queremos tu ayuda, Jedi —dijo Cerasi, incluso más fríamente que la vez anterior.

Obi-Wan miró a Qui-Gon para tratar de adivinar su reacción y vio que su Maestro luchaba para contener su irritación. Aunque Qui-Gon podía ser impulsivo, no tenía malos sentimientos. La irritación disminuyó, y él recuperó su habitual expresión de calma.

—Padawan, voy a explorar los túneles —dijo a Obi-Wan en voz baja—. Es mejor no fiarse totalmente de los Jóvenes a la hora de guiarnos. Espera aquí.

Obi-Wan asintió. Por una vez no quería acompañar a Qui-Gon. Quería quedarse y ver cómo planeaban los Jóvenes la batalla.

Cerasi dividió a los chicos en grupos y les asignó tareas. Construían armas a partir de pedazos de otras. Su arma más importante era una potente honda que lanzaba bolas láser. Las bolas sólo provocaban escozor si alcanzaban a alguien, pero si chocaban contra un objeto duro emitían un sonido similar al de un disparo láser.

Durante el resto de la tarde, Obi-Wan trató de acostumbrarse al sonido de las explosiones. Los juguetes bélicos eran parte de la infancia de los Melida y los Daan. Los Jóvenes estaban modificándolos para amplificar sus efectos sonoros. Trabajaban haciendo tubos de misiles pintados en habitaciones que partían del túnel principal, y llenándolos de guijarros.

Cerasi trabajaba en una esquina con una pila de hondas, perfeccionando su forma con un afilado cuchillo y probándolas con bolas de materiales ligeros. Las bolas volaban por los aires y golpeaban el mismo bloque de piedra con una asombrosa precisión. Cerasi trabajaba sin descanso.

—Me gustaría ayudar —le dijo Obi-Wan, acercándose—. No con la estrategia —añadió rápidamente—. Ya veo que lo tienes todo bajo control, pero puedo ayudarte con esto.

Cerasi se apartó un mechón de cabello de la cara y sonrió ligeramente.

—Creo que he sido muy dura con tu Jefe-Maestro, ¿no?

—En realidad no es mi jefe —explicó Obi-Wan—. No existen jefes entre los Jedi. Es más un guía.

—Vale, lo que tú digas, pero si me preguntas, te diré que los mayores siempre piensan que saben hacer mejor las cosas. Siempre creen tener razón.

Alcanzó un cuchillo a Obi-Wan.

—Si eres capaz de hacerlos tan afilados como los míos, terminaremos este trabajo en seguida.

Obi-Wan se sentó y empezó a pasar el filo del cuchillo por la dura madera.

—¿Crees que tenemos muchas opciones de ganar mañana?

—Por supuesto —dijo Cerasi firmemente—. Confiamos en el odio de los dos bandos. Sólo tenemos que crear la ilusión de la batalla. Los dos bandos reaccionarán sin pararse a verificar de dónde vienen los disparos. Ellos esperan que la guerra se reanude en cualquier momento.

—Tu batalla podrá ser ficticia, pero el peligro no lo será —señaló Obi-Wan—. Los dos bandos tienen fuego real con el que disparar.

Cerasi movió la cabeza.

—No me da miedo.

—La conciencia del peligro puede protegerte si no es tan fuerte que te paraliza —replicó Obi-Wan.

Cerasi exhaló un bufido.

—¿Ésa es una de las enseñanzas de tu Jefe-Maestro?

Obi-Wan se puso colorado.

—Sí. Y he descubierto que es verdad. La conciencia del peligro es un instinto que hace que seas más cuidadoso. Cualquiera que entre en batalla y no tenga miedo está loco.

—Bueno, pues considérame loca, *padajedi* —dijo Cerasi firmemente—. Pero no tengo miedo.

—Ah —replicó suavemente Obi-Wan—. Entrarás sin miedo en la batalla, segura de que tu débil adversario sucumbirá.

Repetía los grandilocuentes planteamientos de los muertos en las Salas de la Evidencia, y Cerasi lo sabía. Ahora fue ella la que se puso colorada.

—Más sabiduría Jedi. Es extraordinario que sigas vivo si sueles recordar de esa manera a la gente las tonterías que dice —dijo finalmente Cerasi, con una sonrisa—. De acuerdo, tienes razón. No soy mejor que mis ancestros, yendo a ciegas a una batalla que sé que voy a perder.

—Yo no he dicho que fueses a perder.

Cerasi permaneció quieta un momento, mirando con detenimiento a Obi-Wan por primera vez.

—Bien, puede que tenga miedo el día de la batalla, pero hoy me siento preparada. Éste es el primer paso hacia la justicia. No puedo quedarme sentada esperando. ¿Tienes alguna sentencia para eso?

—No —admitió Obi-Wan.

Cerasi no se parecía a nadie que hubiese conocido hasta el momento.

—La justicia es una buena razón para luchar. Si no creyera esto, no sería un Jedi.

Cerasi dejó la honda que manipulaba.

—Ser un Jedi significa para ti lo que para mí ser parte de los Jóvenes —le observó con sus ojos verdes, examinándolo—. Supongo que la diferencia es que los Jóvenes no tenemos guías. Tenemos que guiarnos a nosotros mismos.

—Ser un aprendiz es un viaje que representa un gran honor para el que lo emprende —replicó Obi-Wan.

Pero esas palabras le parecieron flojas. Estaba acostumbrado a decirlas y creérselas completamente. Convertirse en un Jedi era un propósito que llevaba muy adentro, pero en unas horas con los Jóvenes había visto un nivel de compromiso que le había confundido tanto como conmocionado.

Por supuesto que había encontrado compromiso en los estudiantes del Templo Jedi, pero en alguno de ellos había encontrado orgullo. Eran la élite, elegidos entre millones para ser entrenados.

Cada vez que Yoda encontraba orgullo en un estudiante Jedi, buscaba la manera de desenmascararlo y conducirlo por el buen camino. El orgullo tenía a menudo su base en la arrogancia, y ésa era una característica que no se podía dar en un Jedi. Parte del entrenamiento Jedi se basaba en eliminar el orgullo y sustituirlo por seguridad y humildad. La Fuerza sólo fluía en aquellos que estaban conectados con cualquier forma viviente.

Aquí, en los túneles, Obi-Wan encontró una pureza que sólo había intuido en las conversaciones con Yoda, o en su observación de Qui-Gon. Esa pureza se hallaba en la gente de su edad, y no tenía que escarbar para encontrarla. Simplemente la poseían. Puede que fuera porque la causa en la que creían era algo más que un concepto en sus mentes. Había crecido en su sangre y en su huesos, había nacido de su sufrimiento.

Se puso a la defensiva porque pensó que Cerasi había atacado su dedicación a la vida Jedi.

—Nield es el líder de los Jóvenes —señaló—. Así que vosotros también tenéis un jefe.

—Nield es el mejor estratega —dijo Cerasi—. Si no tuviésemos alguien que nos organizara, iríamos cada uno por nuestro lado.

—¿Y alguien que os castigara? —preguntó Obi-Wan, recordando cómo Nield casi había estrangulado a un chico.

Cerasi dudó. Su voz era ahora más suave.

—Nield puede parecerte rudo, pero tiene que serlo. Nos enseñaron a odiar antes que a andar. Tenemos que ser firmes si queremos superarlo. Nuestra visión de un nuevo mundo sólo puede sobrevivir si el odio desaparece. Debemos olvidar todo lo que nos han enseñado. Debemos comenzar de cero. Nield sabe eso mejor que nadie. Quizá porque lo ha pasado peor que ninguno de nosotros.

—¿En qué sentido? —preguntó Obi-Wan.

Cerasi suspiró y dejó en el suelo el arma en la que estaba trabajando.

—El último holograma que activó, del que se burlaba, era el de su padre. Fue a la batalla con los tres hermanos de Nield. Murieron todos. Nield sólo tenía cinco años. Un mes después, su madre comenzó a prepararse para ser parte de la siguiente gran batalla y le dejó con una prima, una chica joven que fue más una hermana para él. Su madre fue a luchar y la mataron. Después, los Melida invadieron su pueblo. Su prima escapó y se lo llevó a Zehava. Allí, vivieron unos años de paz, pero entonces los Daan atacaron el sector Melida y su prima tuvo que ir a luchar. Tenía diecisiete años, suficientes para ir a una batalla. Murió. Nield se quedó en la calle y tuvo que defenderse por sí mismo. Tenía ocho años. No quedaba nadie que pudiera ocuparse de él. A partir de entonces vivió solo, pero siempre encontró refugio y comida. Ahora ya no quiere volver a depender de nadie. ¿Puedes culparle de ello?

Obi-Wan se imaginó a todos aquellos que habían querido a Nield y habían muerto, uno tras otro.

—No —dijo suavemente—. No le culpo de nada.

Cerasi suspiró.

—La cuestión es que yo crecí pensando que los Daan eran bestias, casi inhumanos. Nield fue el primer Daan que conocí. Es el único que ha unido a los huérfanos Daan y Melida. Fue por los centros en los que nos cuidaban y nos fue reuniendo, prometiendo paz y libertad. Y luego se aseguró de que la tuviésemos. Si hubiésemos continuado en los centros habríamos acabado en un basurero.

—¿En un basurero? —preguntó Obi-Wan.

—Ambos, los Daan y los Melida, cogen a los chicos de los orfanatos y los destinan para trabajar en las fábricas o para el ejército, si son lo suficientemente mayores —dijo Cerasi—. O trabajan o luchan. Es fácil encontrarlos en los centros de las grandes ciudades. En las ciudades pequeñas o en los pueblos los niños se escapan.

—¿Adónde van?

Cerasi frunció el ceño.

—Viven de la tierra y del pillaje. Hay auténticas tribus de niños más allá de las murallas de la ciudad. Nield ha trabajado intensamente para organizarlos también. Se mantienen en contacto a través de comunicadores robados. No quieren más guerra. —Cerasi se volvió hacia él—. Me preguntabas cuáles eran nuestras posibilidades de éxito, y si lo supiera te contestaría, pero, con sinceridad, no puedo ni pensar en las ventajas y en los inconvenientes. Ganaremos porque tenemos que lograrlo.

Nuestro mundo está siendo completamente devastado, Obi-Wan. Y somos los únicos que podemos evitarlo.

Obi-Wan asintió. Empezaba a comprender a Cerasi. Vio que su brusquedad ocultaba en realidad unos sentimientos muy profundos.

—Podríais ayudarnos —continuó Cerasi—. Tú tienes relación con el Consejo Jedi, y ellos con Coruscant. Podrías demostrar a la galaxia entera que nuestra causa es justa. El apoyo de los Jedi significa todo para nosotros.

—Cerasi, te prometo apoyo Jedi —dijo Obi-Wan con firmeza.

Sorprendiéndose a sí mismo, puso las manos sobre las de la chica.

—Aunque sólo puedo prometerte el mío.

Su mirada directa sostuvo la del aprendiz.

—¿Por qué no vienes con Nield y conmigo mañana? Vamos a hacer la primera incursión en territorio Daan.

Obi-Wan dudó. Como aprendiz de Jedi rompería las reglas si accedía a hacerlo sin el permiso de Qui-Gon, pero si se lo preguntaba, Qui-Gon no lo permitiría, casi con toda seguridad.

Ya había roto las reglas prometiéndole a Cerasi el apoyo para su causa. Esa promesa podría entrar en conflicto con la misión de los Jedi.

Pero no se pudo contener. La causa de los Jóvenes le tocaba directamente el corazón. Como Jedi, nunca había luchado por su propia familia, su propio mundo o su propia gente. Luchaba por lo que Yoda y el Consejo, y ahora Qui-Gon, decidían.

Cerasi y Nield habían decidido por ellos mismos cuál era su causa. Obi-Wan sentía un poco de envidia. Había pasado mucho tiempo con personas que eran más mayores que él y había oído hablar muy a menudo de su sabiduría. Pero ahora se sentía cerca de algo muy diferente. Podía considerarse parte de una comunidad; hasta ahora no se había dado cuenta de cuánto echaba de menos a un grupo de chicos y chicas de su edad.

Las manos de Cerasi eran cálidas; sus dedos, finos y delicados. De repente, los entrelazó con los de él y apretó. Obi-Wan pudo comprobar su fortaleza.

—¿Vendrás? —preguntó.

—Sí —contestó—. Iré.

Capítulo 10

Esa noche, los Jóvenes extendieron sacos de dormir sobre las tumbas. Qui-Gon encontró un hueco, cerca de una de las entradas de los túneles adyacentes, donde el aire era más fresco.

Obi-Wan se aproximó a él con miedo.

—Nield y Cerasi me han pedido que comparta con ellos su habitación. Cuidan de los chicos más pequeños.

Qui-Gon le dirigió una mirada inquisidora, pero asintió.

—Que duermas bien, padawan.

Obi-Wan cogió un saco de dormir y volvió junto a Nield y Cerasi. Dormían en una pequeña antesala de la bóveda. Nield colocó un dedo sobre los labios de Obi-Wan cuando entró.

—Los chicos están dormidos —susurró.

—Nosotros deberíamos dormir también. Necesitaremos todas nuestras fuerzas para mañana.

Puso su mano en el antebrazo de Obi-Wan.

—Cerasi me ha dicho que te vas a unir a nosotros. Me siento honrado.

—El honor es mío por poder ayudaros —contestó Obi-Wan.

Se acomodó en el suelo, cerca de Nield y Cerasi. Pensó que no sería capaz de conciliar el sueño, pero la tranquila respiración de los chicos terminó por acunarle.

Era difícil precisar a qué hora se despertó. Cerasi se levantó y tocó el hombro de Nield, que ya estaba casi despierto y se puso en pie de inmediato.

Obi-Wan le imitó. Estaba preparado. No actuaba como un Jedi, sino como una persona, como un amigo. Se afianzó su sable láser y la honda que Cerasi le había dado la noche anterior. Había una entrada que comunicaba la antesala directamente con los túneles que llevaban a la zona Daan. Qui-Gon no le vería marcharse.

Obi-Wan sabía que era incorrecto no pedir permiso, pero no estaba seguro de cuánto se iba a enfadar Qui-Gon cuando se enterara de su marcha. Después de todo, el Maestro Jedi también se había ofrecido a ayudarles con la estrategia.

Obi-Wan se sintió satisfecho de su decisión en cuanto se unió a Nield y Cerasi en las desiertas calles del Círculo Exterior, controlado por los Daan. Los tres se movían como un equipo, soportando el helado aire de la mañana. Caminaban hacia abajo por las calles desiertas, casi sin hacer ruido con sus pisadas. Nield y Cerasi ya habían decidido su primer objetivo.

Encendieron un tubo y se subieron al tejado de una vivienda. Desde allí podían ver el sol, que era más un asomo de brillo que una fuente de calor.

—Odio tener que despertar a todo el mundo —dijo Nield, luciendo una amplia sonrisa.

—De todas formas, ya es hora de que estuvieran levantados.

Cerasi cogió un tubo de misiles camuflado como un juguete.

—Estoy lista.

Obi-Wan llevaba varios proyectiles colgando de su cinturón. Puso uno en el tubo. Los proyectiles iban equipados con pequeños amplificadores para que el sonido que provocaran al caer se pareciera al de un torpedo de protones real. Cerasi y Nield habían escogido una calle que acentuaría el eco del sonido.

—Vamos —Obi-Wan mostró su conformidad.

Cerasi apuntó a un edificio abandonado que había al otro lado de la calle. Disparó.

El estruendo de la explosión les sorprendió.

—¡Escucha eso! ¡Ha funcionado! —dijo Nield, exultante.

Colocó una bola láser en su honda y disparó contra la pared del otro lado de la calle. Sonó el inconfundible y característico golpeteo de un disparo láser. Obi-Wan puso rápidamente otro proyectil dentro del tubo, y Cerasi lo hizo explotar. El estruendo resonó en todos los edificios que tenían debajo.

Nield continuó lanzando bolas láser con su honda y Obi-Wan siguió cargando. Lanzaban bola tras bola, recargando y volviendo a disparar rápidamente. El sonido de los disparos resonaba en toda la calle. Alguien surgió de una puerta y miró rápidamente arriba y abajo de la calle. Nield y Obi-Wan, situados donde nadie podía verlos, lanzaron una lluvia de disparos a un edificio abandonado.

¡Crack crack crack crack! Las bolas láser chocaron contra una superficie metálica, provocando un ruido aún mayor. Los Daan comenzaron a dirigirse al edificio.

—Han dado la alarma —dijo Nield—. Ya hemos hecho nuestro trabajo aquí. Vámonos.

Saltando de edificio en edificio, llegaron a otra calle más tranquila. Repitieron el mismo proceso y luego se fueron. Corriendo, disparaban ráfagas de bolas láser mientras Cerasi lanzaba proyectiles hacia aquellos lugares en los que hubiese un eco mayor y pudiese hacer más ruido. Mientras se movían entre los bloques de edificios, levantaban barricadas donde podían para interceptar los vehículos militares. En los puestos de control, lanzaban disparos con sus armas fingidas sobre las cabezas de los guardias, que adoptaban posturas defensivas y exploraban las calles desiertas con sus electrobinoculares de infrarrojos, en busca de los atacantes invisibles.

El sol salía y las sirenas empezaron a sonar en toda la ciudad. Nield se volvió hacia ellos. El sol arrancaba reflejos rojos de su oscuro pelo.

—Vayamos ahora a los cuarteles militares.

Obi-Wan se sentía emocionado. Era casi como un juego, una trampa que Nield y Cerasi habían urdido. Pero ahora, el juego se volvía serio. Atacar un objetivo militar, incluso con explosivos falsos, podía ser peligroso.

Nield les condujo a través de los tejados hasta los cuarteles militares. Desde el tejado de un edificio al otro lado de la calle, Obi-Wan podía ver a los soldados corriendo hacia sus vehículos militares, portando rifles láser y lanzatorpedos. Obviamente, iban a investigar qué sucedía en los numerosos sitios donde habían saltado las alarmas.

—Cuanto más lejos, mejor —comentó Cerasi—. Así no habrá muchos soldados por aquí.

Esta parte podía ser peligrosa. No se trataba de disparar a casas llenas de civiles que dormían. Los militares podían reaccionar con firmeza, pero Nield había afirmado que si no les convencían de la autenticidad del ataque, su plan no funcionaría. Si los soldados se sentían bombardeados, pensarían que no eran los disparos de un francotirador aislado, sino un ataque en toda regla.

Además de Nield, Cerasi y Obi-Wan, otros grupos de los Jóvenes habían ido a los barrios Daan y Melida. Sus ataques debían ser simultáneos a los de los cuarteles militares.

Esperaron hasta que los militares se alejaron en sus vehículos. Dos guardias se quedaron en el exterior, en dos refugios armados transparentes. Cerasi cargó su tubo. Obi-Wan y Nield pusieron bolas en sus hondas. Tras contar tres en voz baja, dispararon a la vez.

Las bolas láser alcanzaron el edificio y sonaron como disparos láser. El proyectil explotó. Los tres habían vuelto a cargar y disparar, y rápidamente se deslizaron hacia el borde del tejado para saltar al edificio contiguo. Desde allí, volvieron a disparar.

Los soldados salieron del edificio con sus armaduras y empuñando sus armas. Enfocaban con sus electrobinoculares a las calles y edificios que tenían alrededor. Las sirenas sonaban con insistencia. Los soldados comenzaron a avanzar por la calle. Pequeñas naves de vigilancia aérea despegaron y vehículos armados empezaron a salir de una estación subterránea.

—Es el momento preciso de alejarnos de aquí —dijo Cerasi.

Volvieron a colocar sus falsas armas y sus hondas en los cinturones, cruzaron a través del tejado y descendieron veloces al suelo, a través de una tubería. Cuando llegaron a la calle, disminuyeron su paso como si fueran unos adolescentes Daan que habían salido a dar una vuelta por la mañana.

—¡Eh, vosotros! ¡Deteneos!

Se quedaron helados. La voz venía de detrás de ellos. Nield les había dado tarjetas de identificación, así que estaba seguro de que no tendrían problemas. Cerasi sacó un paquete del interior de su túnica. Obi-Wan la miró confundido. ¿Tenía un arma? Él, por supuesto, llevaba su sable láser, pero no habría sido capaz de utilizarlo contra las tropas que había por la calle. Habría comprometido a Nield y a Cerasi.

Se volvieron y vieron a tres soldados que se aproximaban con sus armas, apuntándoles directamente al corazón.

—Tarjetas de identificación —dijo un soldado con un tono de voz brusco.

Los tres chicos se las entregaron rápidamente. Nield había dado a Obi-Wan la de un chico Daan que más o menos tenía su edad y su peso. Los soldados insertaron los discos en una máquina lectora. Obi-Wan esperó a que se la devolvieran, pero, por el contrario, el primer soldado echó una ojeada a los otros dos chicos. Todavía parecía sospechar algo. Les miró con detenimiento.

—¿Pasa algo? —preguntó Nield con preocupación.

—¿Qué lleváis ahí?

El primer soldado señaló el paquete con el arma de Cerasi.

—Du… dulces de muja —balbuceó Cerasi, nerviosa. Se agarró al paquete—. Para el desayuno. Los compramos todas las mañanas.

—Déjame ver.

El soldado abrió la tapa del paquete. Dentro, Obi-Wan pudo ver una fila de pastelitos envueltos en servilletas.

—¿Qué lleváis en los cinturones? —preguntó el otro soldado—. ¿No sois un poco mayores para llevar juguetes?

—Estamos practicando para cuando estemos en el ejército —contestó Nield.

Levantó la barbilla.

—No podemos esperar para luchar contra los malvados Melida.

—¿Y eso qué es?

El soldado apuntaba hacia el sable láser de Obi-Wan. El Jedi lo cogió y lo encendió.

—El último juguete de Gala. Mi abuelo los vende en la Calle de la Victoria.

Los soldados lo miraron.

—Nosotros no teníamos juguetes como ésos cuando éramos pequeños —dijo el primer soldado con resentimiento.

—¡En la próxima Batalla de Zehava, los Daan se impondrán! —contestó Obi-Wan, blandiendo su sable en el aire.

—Ahora debemos de estar entrando en la próxima Batalla de Zehava, así que daos prisa y meteos en algún refugio —dijo el tercer soldado con pesar.

Devolvió a Nield su tarjeta de identidad y sugirió al otro soldado que hiciese lo mismo.

—Vosotros pronto estaréis luchando con armas de verdad.

Los tres soldados se marcharon, con sus comunicadores llenos de mensajes de otros ataques en diferentes puntos de la ciudad.

—Estuvimos cerca esta vez —Cerasi respiró con fuerza—. Me alegro de haber traído los pastelitos. Nos han servido de excusa para justificar nuestra presencia en la calle tan pronto.

—Vaya, yo pensé que los traías por si yo tenía hambre —fue capaz de bromear Obi-Wan.

Su corazón iba recuperando su ritmo normal. No quería ni pensar cómo habría reaccionado Qui-Gon si los Daan le hubieran capturado.

—Fue un movimiento inteligente activar el sable láser y hacerles creer que era un juguete —dijo Nield a Obi-Wan—. Tuvimos suerte de que fueran tan tontos que no se dieron cuenta de que eras un Jedi.

Cerasi los miró.

—Yo pensé que Obi-Wan estaba preparado para utilizarlo.

Nield sonrió ampliamente.

—Yo pensé que iba a salvarnos a todos.

Los tres rieron aliviados. Obi-Wan sintió una corriente de simpatía entre Nield, Cerasi y él. Incluso aunque seguía en peligro, nunca se había sentido tan libre.

Capítulo 11

Qui-Gon estaba sentado en las sombras, contemplando la intensa actividad de los Jóvenes mientras entraban y salían de la bóveda, en busca de municiones. Después salían corriendo hacia las calles.

Algo le había despertado antes del amanecer, un movimiento mínimo muy silencioso. Había visto salir a Obi-Wan con Nield y Cerasi, y le había dejado marchar.

Habría sido muy fácil levantarse y desafiar a Obi-Wan. Qui-Gon se había enfadado y le hubiese gustado enfrentarse al chico. Obi-Wan no podía salir sin pedir permiso. Había traicionado la confianza de Qui-Gon. Era una traición pequeña, pero al Maestro Jedi le dolía.

Obi-Wan y él no habían alcanzado todavía la comunicación mental perfecta de la relación entre Maestro y padawan. Ya habían dado unos cuantos pasos del largo viaje juntos. De vez en cuando tenían desacuerdos y malentendidos, pero Obi-Wan nunca le había ocultado algo deliberadamente.

Obviamente, Obi-Wan tenía miedo de que Qui-Gon no le dejara ir. El chico tenía razón: se lo hubiese prohibido. Qui-Gon creía que los Jóvenes deseaban sinceramente la paz, pero no estaba seguro de que esas mismas buenas intenciones se mantuvieran cuando alcanzaran el poder. Veía mucha rabia en ellos. Obi-Wan sólo había visto la pasión.

Por fin, Nield, Cerasi y Obi-Wan regresaron. Qui-Gon dejó escapar un suspiro de alivio. Había empezado a preocuparse.

—Es el momento de la fase dos —dijo Nield mientras los tres entraban en la bóveda—. Ahora vamos a atacar las reservas de armamento de ambos bandos.

—¿Qué hay de Tahl? —preguntó Qui-Gon.

—Cerasi os llevará hasta Tahl —dijo Nield—. ¿Deila?

Una chica alta y delgada dejó de cargar los proyectiles que colgaban de su cinturón.

—¿Sí?

—¿Qué tal van las cosas en el lado Melida?

Ella sonrió.

—Es el caos más absoluto. Creen que los Daan están por todas partes, incluso en sus taquillas.

—Bien.

Nield se giró hacia Qui-Gon.

—Hay confusión suficiente para que te puedas deslizar sin ser visto. Cerasi te llevará hasta el lugar donde está retenida, pero tendrás que rescatarla tú solo.

—Está bien —accedió Qui-Gon.

No quería poner a la chica en peligro.

Obi-Wan no miró a los ojos de Qui-Gon hasta que no estuvieron siguiendo a Cerasi por un estrecho túnel. Qui-Gon dejó de lado su enfado. No quería enfrentarse a Obi-Wan por haberse escapado. Todavía no. Trató de pensar en la tarea que tenían que resolver ahora. Intentó concentrarse en el rescate de Tahl.

Cerasi los condujo por una serie de túneles hasta una cueva. Una luz mortecina se filtraba del exterior.

—Estamos bajo el edificio donde tienen retenida a Tahl —susurró—. Esto os llevará hacia un piso bajo de barracones militares. Tahl se encuentra en una habitación, tres puertas a la derecha. Habrá guardias en el barracón, aunque no tantos como antes del ataque. Los soldados son necesarios en las calles.

—¿Cuántos solía haber antes? —preguntó Qui-Gon en voz baja.

—Temo tener que daros malas noticias —dijo Cerasi—. Sólo está custodiada por dos guardias, pero justo a la vuelta de la esquina están los cuarteles principales de los soldados, donde van a comer y a dormir. Así que siempre hay muchos soldados yendo y viniendo. Por eso Nield y yo pensamos que necesitaríais una alternativa —señaló encima de sus cabezas—. Esta cueva conduce directamente a un área de almacenamiento de grano, así que podréis subir sin ser vistos.

—Gracias, Cerasi —dijo calmadamente Qui-Gon—. Encontraremos la manera de volver.

Pero cuando Qui-Gon y Obi-Wan emergieron en un almacén lleno de sacos de grano, la cabeza de Cerasi asomó tras ellos.

—Pensé que ibas a volver —susurró Obi-Wan.

Ella sonrió.

—Y yo pensé que quizá necesitaríais ayuda. —Sacó su honda—. Un plan alternativo puede necesitar de alguien más.

Obi-Wan volvió a sonreír, pero Qui-Gon frunció el ceño.

—No quiero meterte en una situación peligrosa, Cerasi. Esto no entra en nuestro trato. Nield dijo que…

—Yo tomo mis propias decisiones, Qui-Gon —le interrumpió Cerasi—. Te estoy ofreciendo ayuda. Sé la manera de salir de aquí. ¿Vas a aceptar mi ofrecimiento o no?

Cerasi tenía la barbilla levantada en un gesto de orgullo. Miraba fijamente a Qui-Gon.

—De acuerdo —dijo—, pero si Obi-Wan y yo encontramos problemas, escaparás. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —accedió Cerasi.

Qui-Gon abrió la puerta fácilmente con un golpe e inspeccionó el área. Había un pasillo con robustas puertas metálicas. Un soldado pasó corriendo y desapareció tras una esquina. Dos soldados estaban situados a ambos lados de una puerta. Era la de la habitación en la que estaba Tahl.

Un soldado se dirigió hacia el lugar en el que se encontraba Qui-Gon. El Jedi se echó hacia atrás, pero permaneció cerca de la puerta.

—¿Vuelves allí otra vez? —preguntó uno de los guardias.

—Tenemos una invasión entre manos —dijo el otro soldado de forma arisca—. Acaban de llegar noticias de otro ataque a un par de manzanas de aquí. Tengo que encontrar mi unidad.

Los guardias intercambiaron miradas nerviosas.

—Estamos perdiendo el tiempo aquí —murmuró el primero—. Deberíamos estar ahí fuera, luchando. Este servicio es una pérdida de tiempo se mire como se mire. No me importa que sea una Jedi, está demasiado débil para convertirse en una amenaza.

—Está acabada —dijo el otro guardia—. No tardará mucho en morir.

Qui-Gon sintió cómo crecía en él el odio y el dolor. No podía ser demasiado tarde. Controló su ira y llamó a la Fuerza. Sabía que Obi-Wan estaba haciendo lo mismo. De repente, la Fuerza era una presencia en la habitación, y surgía alrededor de ellos.

—Qui-Gon —murmuró Cerasi—. Tengo una idea. ¿Me escuchas?

—¿Tengo otra elección? —respondió Qui-Gon.

Cerasi se acercó y susurró su plan en el oído de Qui-Gon.

—De acuerdo —dijo—, pero después te marcharás. ¿De acuerdo?

Cerasi asintió. Después abrió la puerta con facilidad y desapareció.

Les costó a los guardias un momento darse cuenta de su presencia.

Cerasi corrió hacia ellos con una expresión compungida.

—¡Alto! —le dijeron los guardias.

—¿Qué? —preguntó Cerasi con aire distraído.

Siguió avanzando.

—¡Alto o disparamos! —advirtieron los guardias. Cerasi se paró y juntó sus manos.

—¡Mi padre está ahí! ¡Tengo que verle!

—¿Quién es tu padre?

Cerasi se paró.

—Wehutti, el gran héroe. Tengo que decirle que mi tía Sonie ha muerto. Murió en un ataque con una granada de protones de los Daan. ¡Tenéis que dejarme pasar!

—¿Eres la hija de Wehutti?

—Sí, mira. Tengo una tarjeta de identificación.

Cerasi enseñó a los guardias la tarjeta de identificación Melida.

Uno de los guardias la cogió y la pasó por su lector. Cuando se la devolvió, su tono de voz era mucho más amable.

—No he visto a Wehutti por aquí. Posiblemente esté en las calles. Estamos siendo invadidos, ¿lo sabes?

—¿Crees que no lo sé? —gritó Cerasi—. Los Daan están tomando el Círculo Interior, edificio a edificio. Estarán aquí en un minuto. ¡Necesito a mi padre! Me prometió que estaría aquí si lo necesitaba. ¡Me lo prometió!

La voz de Cerasi temblaba. Con su pequeña figura y su voz fingida parecía más joven de lo que era.

Los guardias intercambiaron una mirada.

—Está bien, pero después te marcharás y buscarás un refugio —dijo uno de ellos.

Cerasi salió corriendo por el pasillo y dobló la esquina. Pasó un minuto, luego otro. Qui-Gon esperó pacientemente. Tenía confianza en Cerasi. Necesitaría tiempo para dar la vuelta y coger a los guardias por el otro lado.

De repente, el sonido de un disparo láser retumbó en el pasillo, en dirección opuesta a donde había desaparecido Cerasi. Los dos guardias se miraron.

—¡Los Daan! —gritó uno de los guardias—. ¡La chica tenía razón! ¡Nos atacan!

Antes de que los guardias se volvieran y pudieran reaccionar, Qui-Gon había salido hacia la puerta con su sable láser en la mano. Obi-Wan corría a su encuentro.

Los guardias dispararon tan pronto como vieron al Jedi, pero ya era demasiado tarde. Obi-Wan y Qui-Gon rechazaban los disparos con sus armas sin perder velocidad en su carrera.

Moviéndose al unísono, saltaron los últimos metros, hasta alcanzar a los guardias. Rechazaron los disparos, hirieron a los soldados en el pecho de una patada y les hicieron caer hacia atrás, despojándoles de sus armas.

—Cúbreme —ordenó secamente Qui-Gon a Obi-Wan.

Mientras comenzaba a romper el candado con su sable láser, los guardias se recuperaron y echaron mano a otras armas que llevaban en su cinturón.

Obi-Wan no les dejó levantarse. Se abalanzó sobre ellos, obligándoles a volverse y a girarse para atacarle. De una patada, hizo que un guardia soltara su arma y después apuntó al otro con su sable láser. El guardia gritó y soltó su arma.

—No os mováis —advirtió Obi-Wan, manteniendo el sable láser sobre sus cabezas.

El candado cedió, y Qui-Gon empujó la puerta. Se paró, conmocionado al ver el estado de Tahl. Su compañera de entrenamiento en el Templo siempre había sido guapa, una mujer alta del planeta Noori, con los ojos dorados y verdes a rayas, y la piel del color de la miel.

Ahora estaba delgada y parecía débil. Su bonita piel estaba afeada por una cicatriz que iba desde un ojo hasta debajo de la barbilla. El otro ojo estaba cubierto por un parche.

—Tahl —dijo intentando mantener el tono de voz firme—. Soy Qui-Gon.

—Ah, el rescate, por fin —dijo en el mismo tono amable e irónico de siempre, el que le hacía sonreír—. ¿Tan mal aspecto tengo, viejo amigo?

Entonces se dio cuenta de que no podía verle.

—Estás tan adorable como siempre —dijo Qui-Gon—, pero ¿podemos dejar los cumplidos para luego? Tengo cosas más urgentes que hacer.

—Lo siento, me temo que estoy un poco débil —confesó Tahl.

—Yo te llevaré —Qui-Gon cogió a Tahl en brazos.

Pesaba tan poco como un niño pequeño.

—¿Puedes agarrarte a mi cuello? —preguntó. Sintió cómo asentía cuando sus brazos le agarraron.

—Sácame de aquí —dijo—. Me han dado muy mala comida en la cantina hutt.

Justo en ese momento, Qui-Gon escuchó un sonido que no hubiese querido oír: disparos láser. Habían llegado los refuerzos. Obi-Wan estaría metido en un lío. Se le había acabado el tiempo.

Se acercó con cuidado a la puerta y se asomó.

Seis soldados habían abandonado sus barracones y disparaban a Obi-Wan desde el final del pasillo. Obi-Wan había abierto una puerta y la estaba usando como escudo. Los soldados habían rearmado a los dos que estaban en el suelo y ahora eran ocho para luchar.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Tahl.

—De momento, ocho soldados —dijo Qui-Gon—. Y quizá vengan más ahora.

—Eso es pan comido para ti —dijo ella débilmente.

—Exactamente eso mismo iba a decir yo ahora.

Los disparos láser rebotaban en la puerta que Obi-Wan estaba utilizando como escudo. Su aprendiz se había dado cuenta de que las puertas eran blindadas, y eso podía ser una ventaja para ellos.

Qui-Gon abrió la puerta y se resguardó detrás de ella a la vez que pensaba. Obi-Wan había mantenido a los soldados a una distancia prudencial, rechazando los disparos láser con su sable, pero pronto se darían cuenta de que no tenían rifles láser.

Y entonces vendrían a por ellos.

Qui-Gon miró a Obi-Wan. Era el momento de volver a la ofensiva, pero no podía dejar a Tahl, estaba muy débil para caminar. Estaban atrapados. No dejaría sola a Tahl. Ni siquiera quería soltarla de sus brazos. Si se separaba de ella, era posible que no volviera a encontrarla.

—Déjame, Qui-Gon —le murmuró Tahl—. No sirvo de mucho. No dejes que te capturen a ti también.

—Ten un poco de fe, ¿quieres? —le dijo amablemente Qui-Gon.

De repente, empezó a surgir fuego láser del otro lado del pasillo. ¡Ahora estaban rodeados!

Pero, tras un momento, Qui-Gon se dio cuenta de que los disparos iban dirigidos directamente a los soldados.

De repente, también se dio cuenta de que los disparos al menos sonaban como láser. Cerasi no se había ido después de haberlos despistado, como había prometido.

Los soldados doblaron la esquina para protegerse. Qui-Gon se volvió y vio a Cerasi, que lanzaba otra bola láser desde el extremo opuesto del pasillo. El disparo rebotó en la pared y resonó en toda la sala.

Los guardias disparaban a ciegas, no se atrevían a enfrentarse al peligro que salía de detrás de la esquina. Obi-Wan se adelantó. Ahora le resultaba fácil rechazar los disparos con su sable láser. Qui-Gon protegía a Tahl contra su pecho, sujetándola con un brazo a la vez que rechazaba los disparos que se le escapaban a Obi-Wan. Así, se movían a la vez hacia atrás por el pasillo, en dirección al almacén.

A medida que se desplazaban, Obi-Wan iba abriendo las puertas que encontraba en su camino para que funcionaran como escudos ante los disparos de sus atacantes. Los soldados seguían disparando a buen ritmo, pero Cerasi cargaba y disparaba bolas láser tan rápido que sus enemigos creían que estaban siendo atacados de verdad.

Qui-Gon y Obi-Wan llegaron al almacén. Cerasi venía corriendo hacia ellos.

—Daos prisa —gritó Cerasi—. Ya estoy ahí.

Cerasi continuó disparando mientras Obi-Wan abría la compuerta de la cueva y Qui-Gon descendía por ella con Tahl agarrada a su cuello.

—¡Ahora! —gritó Obi-Wan.

Cerasi descendió veloz tras Qui-Gon. Obi-Wan la siguió y volvió a colocar en su sitio la tapa de la entrada a la cueva.

—Gracias, Cerasi —dijo Qui-Gon tranquilamente—. No hubiésemos rescatado a Tahl sin tu valiente ayuda.

—Obi-Wan nos ayudó esta mañana —replicó Cerasi sin darle mayor importancia, como si haber arriesgado su vida no supusiese nada—. Sólo estaba devolviendo el favor.

—¿Cómo se te ocurrió decir que eras la hija de Wehutti? —preguntó Obi-Wan cuando iniciaban el camino de vuelta.

—Porque lo soy —contestó Cerasi.

—Pero tú me habías dicho que tu padre estaba muerto —señaló Obi-Wan.

—Está muerto para mí —contestó Cerasi, encogiéndose de hombros—, pero a veces viene bien utilizarle. Como pasa con la mayoría de los mayores.

Miró por encima de su hombro y sonrió a Obi-Wan. Los ojos de Obi-Wan brillaron.

Qui-Gon se dio cuenta de que algo profundo había nacido entre ellos. Se habían hecho amigos verdaderos y se comunicaban sin utilizar palabras. La aventura que habían vivido esta mañana les había unido.

Qui-Gon notó de nuevo crecer la rabia. Sabía que Obi-Wan a veces se sentía solo, viajando de un lado a otro con alguien que era mucho mayor que él. Por fuerza, tenía que echar de menos la compañía de chicos y chicas de su edad. Le parecía bien que hubiese conectado tan fácilmente con ellos.

Entonces, ¿por qué se sentía tan mal?

Capítulo 12

Qui-Gon colocó a Tahl en un nido hecho con edredones y mantas, los mejores que los Jóvenes pudieron ofrecerles. Se quedó un momento de pie, a su lado. Tahl se había cansado con la pequeña batalla y se había quedado dormida inmediatamente. Podía sentir un destello de su Fuerza, pero sólo un pequeño destello. Tahl había olvidado cómo había sido herida. Recordaba haber sido capturada en medio de una batalla, pero no haber sido herida ni cegada.

Qui-Gon se sentó contra la pared para pensar. Su misión había terminado. Sólo tenían que esperar a que acabasen los combates. Cerasi le había asegurado que podría sacar a los Jedi fuera de la ciudad sin poner en peligro a Tahl. La llevaría de vuelta a Coruscant, donde confiaba en que los conocimientos de los médicos de allí le hicieran recuperar esa energía vibrante que él recordaba tan bien.

Qui-Gon sabía que dejaría a sus espaldas un mundo sumido en el caos, con niños luchando para salvarlo y con los mayores atrapados en el conflicto, dispuestos a sacrificar toda la población por su causa.

Sin embargo, debía partir. Su principal deber era llevar de vuelta a Tahl. Después podía pedir permiso a Yoda para volver. Lo más probable es que el Maestro Jedi no accediera. Los Jedi no van a los mundos a interceder a menos que sean requeridos para ello. Sólo podían intervenir en circunstancias extraordinarias, o si un mundo amenazaba la paz y seguridad de otro. Los habitantes de Melida/Daan estaban sumidos en su propio conflicto, pero no hacían daño a otro mundo que no fuese el suyo.

Obi-Wan había pedido permiso para ir a las calles con Cerasi, y Qui-Gon se lo había dado. Sabía que cuando dijese a su padawan que tenían que irse, no iba a querer. Sin embargo, le obedecería. Era su primer deber como padawan, y Obi-Wan era un Jedi hasta la médula.

Su misión estaba a punto de terminar con éxito. Sin embargo, un presagio que le pesaba como una losa se alojaba en su pecho. Su instinto le advertía, pero no podía concretar de qué le advertía o cómo le iba a afectar esa advertencia.

Oyó pasos que se acercaban corriendo. Nield irrumpió en la habitación acompañado de Obi-Wan y Cerasi. Qui-Gon estaba asombrado por cómo se coordinaban. Sus movimientos encajaban perfectamente, pese a que Obi-Wan tenía las piernas más largas y Cerasi era más delgada.

—¡Reunión para todos! —gritó Nield—. ¡Tenemos noticias!

Nield se subió en la tumba más grande. Los chicos y las chicas se reunieron en torno a él, procedentes de las estaciones estratégicas situadas alrededor de la habitación y de los túneles adyacentes. Volvieron sus caras expectantes hacia él.

—Nuestra batalla ha terminado —dijo Nield—. ¡Hemos conseguido una victoria total!

Los Jóvenes gritaron de alegría. Nield levantó una mano.

—Nuestra incursión en el almacén de armas Daan fue un éxito. Hemos robado las armas de los Daan para que no las malgasten atacando a los Melida o a adversarios imaginarios. Las hemos puesto en el Túnel Norte. Los Melida —Nield hizo una pausa, sonriente— ¡volaron sus propios arsenales para que no cayeran en manos de los Daan!

Los Jóvenes rompieron a reír con grandes carcajadas. Gritaban de alegría.

—Hemos mandado mensajes a ambos bandos, haciéndoles saber que los Jóvenes estábamos detrás de todas las batallas, y que les hemos ganado y robado sus armas. Sin las armas, los Mayores no pueden luchar entre ellos. ¡Hoy se ha dado un paso de gigante hacia la paz!

La emoción se podía palpar en la habitación. Qui-Gon vio cómo se agachaba Nield para coger la mano de Cerasi. La subió y la colocó a su lado. Después alcanzó a Obi-Wan. Sonriendo, Obi-Wan saltó para subirse a la tumba y situarse entre los dos líderes.

Los Jóvenes se acercaban para tocar su túnica. Obi-Wan se agachó para tocar sus cabezas y aceptar las felicitaciones. Levantó los brazos junto a Nield y Cerasi. Ni siquiera miró una sola vez a Qui-Gon. Era como si el Maestro Jedi no estuviese en la habitación. Era como si Obi-Wan no fuera un Jedi.

Qui-Gon pensó que su padawan realmente formaba parte de ellos. Como si se hubiese convertido en uno de los Jóvenes.

Capítulo 13

Qui-Gon salió de la habitación principal y buscó un lugar tranquilo en un túnel adyacente para contactar con Yoda. El Maestro Jedi apareció en la forma de un holograma en miniatura. Rápidamente, Qui-Gon le informó de la situación y del rescate de Tahl.

Yoda se pasó una mano por la frente, haciendo un gesto de alivio.

—Esas noticias aliviado estoy de oír —dijo—. Que Tahl está grave preocupado estoy de oír. Cuidados necesita.

—Marcharemos tan pronto como ella se encuentre con fuerzas y no haya peligro —prometió Qui-Gon—, pero dejo Melida/Daan en un momento crítico.

Yoda asintió varias veces.

—Ya te he escuchado, Qui-Gon. Pero recordarte debo que ni los Melida ni los Daan tu ayuda han pedido. Un Jedi casi sacrifiqué. Dispuesto a sacrificar otros dos no estoy.

—Podríamos llevar a Tahl y luego volver —sugirió Qui-Gon.

Yoda hizo una pausa.

—Al Consejo Jedi tú antes deberías ir —dijo finalmente—. Yo solo tomar esta decisión no puedo. El cuidado de Tahl la obligación debe ser. Y luego decidir si ayuda podemos darle. Hasta entonces tomar partido los Jedi no deberían. Poner en peligro la paz podríamos. Evitar interferir en un bando o en otro debemos.

Como siempre, Yoda tenía razón. Los Melida ya debían de estar enfadados porque los Jedi habían irrumpido en sus barracones. Y si los Daan se enteraban de que Obi-Wan había participado en la incursión a su territorio, también se iban a enfadar.

Hizo una reverencia.

—Espero que Tahl esté preparada para marchar mañana. Volveré pronto, Maestro.

—Con ilusión ese día yo esperaré —dijo Yoda amablemente.

El holograma parpadeó y desapareció.

***

—¿Volver? ¡No podemos volver! —exclamó Obi-Wan—. No podemos abandonar a los Jóvenes ahora. Nos necesitan.

—No hemos recibido una petición oficial para intervenir —dijo Qui-Gon pacientemente—. Quizás a la vuelta, en Coruscant, el Consejo Jedi…

—No podemos esperar a que el Consejo Jedi tome una decisión —interrumpió Obi-Wan, negando con la cabeza—. Si esperamos tanto, los Melida y los Daan se rearmarán. Ahora es el momento de actuar.

—Obi-Wan, escúchame —dijo Qui-Gon con irritación—. Yoda me ha ordenado personalmente que volvamos. Tahl necesita que la cuiden.

—Lo que necesita es descanso y cuidados médicos —se quejó Obi-Wan—. Podemos dárselos aquí. Cerasi puede indicarme dónde encontrarlos. Podemos traer a un médico o encontrar un lugar donde esté segura…

—No —dijo Qui-Gon, negando con la cabeza—. Tiene que volver al Templo. No podemos hacer nada más aquí, padawan. Nos iremos mañana.

—Parte de nuestra misión era pacificar el planeta si podíamos —insistió Obi-Wan—. No lo hemos hecho, pero ¡podemos hacerlo si nos quedamos!

—No se nos ha pedido que…

—¡Los Jóvenes nos lo han pedido! —exclamó Obi-Wan.

—Ésa no es una petición oficial —replicó Qui-Gon, agotado.

El chico empezaba a acabar con su paciencia.

—Tú has roto las reglas otras veces, Qui-Gon —argumentó Obi-Wan—. Por ejemplo, en Gala me dejaste y te fuiste a las colinas cuando habías recibido órdenes de quedarte en el palacio. Rompiste las reglas porque te convenía.

Qui-Gon respiró hondo para tratar de controlar su enfado. No lograría aplacar la ira de Obi-Wan si mostraba la suya.

—No rompí las normas porque me viniese bien, sino porque a veces, en una misión, las reglas sólo entorpecen —dijo con cuidado—. Pero éste no es el caso. Creo que Yoda tiene razón.

—Pero… —interrumpió Obi-Wan, pero Qui-Gon levantó una mano.

—Mañana nos iremos, padawan —dijo firmemente.

De repente sonó un gran estruendo procedente del lugar en el que estaban reunidos los Jóvenes, en una esquina lejana de la bóveda. Cerasi se les acercó corriendo, con la cara colorada.

—¡Es oficial! —gritó—. Han ignorado nuestra petición de paz, y, en respuesta, hemos hecho una declaración de guerra a los Mayores. Si no inician inmediatamente las conversaciones de paz para Melida/Daan, les atacaremos con sus propias armas. Tienen que respondernos ahora mismo —se volvió hacia Obi-Wan con los ojos brillantes—. Es el último obstáculo que tenemos que superar para cambiar la historia de Melida/Daan. ¡Necesitamos vuestra ayuda más que nunca!

Capítulo 14

Lleno de rabia y frustración, Obi-Wan no supo qué responder a Cerasi. Fue Qui-Gon quien dijo amablemente:

—Lo siento, Cerasi. Nos marchamos mañana.

Obi-Wan no quiso ni ver la reacción de Cerasi. Se giró, con un gran dolor en su corazón. La había decepcionado.

No podía hacer nada. No iba a cambiar la opinión de Qui-Gon. Obi-Wan le ayudó a atender a Tahl. La cuidaron, dándole caldo y té. Cerasi había traído el botiquín de Qui-Gon y pudo curarle algunas heridas. Ya parecía más fuerte. Obi-Wan sabía que estaría lista para viajar al día siguiente. Los poderes de recuperación de los Jedi eran asombrosos.

En cuanto acabaron de cuidar a Tahl, Obi-Wan se sentó, apoyándose en una pared, e intentó calmar sus sentimientos de dolor. Le había pasado algo que no comprendía. Sentía como si hubiese dos personas en él: un Jedi y una persona llamada Obi-Wan. Antes nunca había podido separar ambas partes.

No se había comportado como un Jedi con Nield y Cerasi. Había sido uno de ellos. No había necesitado la Fuerza para sentirse unido a algo más fuerte que él.

Y ahora, Qui-Gon le pedía que dejara a sus amigos justo cuando más le necesitaban. Le habían rogado que les ayudara, habían luchado a su lado, y ahora se tenía que ir, precisamente porque una persona mayor le decía que tenía que hacerlo.

La lealtad parecía un concepto más fácil de entender en el Templo. Pensaba que había sido el mejor padawan imaginable. Había logrado unir su cuerpo y su mente con su Maestro, y servirle.

Pero ahora no quería seguir haciéndolo. Obi-Wan cerró los ojos a la vez que le inundaba la frustración. Presionó sus manos alrededor de las rodillas para evitar que temblaran. Se sentía asustado de ver lo que le estaba ocurriendo. No podía acudir a Qui-Gon para pedirle consejo. No podría confiar en su consejo nunca más. Pero tampoco podía oponerse a él.

Nield caminaba nervioso por las habitaciones, rondando por todos los rincones, en silencio. Todos esperaban la respuesta de los Melida y los Daan a su declaración de guerra. La tarde, que se había hecho eterna, se convirtió en noche, y nadie había respondido.

—No nos toman en serio —dijo Nield amargamente—. Debemos golpearles otra vez, y hacerlo con suficiente intensidad para que reaccionen.

Cerasi le puso la mano en el hombro.

—Pero no esta noche. Todo el mundo necesita descansar. Mañana pensaremos algo.

Nield afirmó con la cabeza. Cerasi bajó la intensidad de las luces hasta que no quedaron más que tenues puntos de luz en las paredes oscuras, como si fueran estrellas lejanas en un cielo oscuro.

Qui-Gon se envolvió en su capa y durmió al lado de Tahl, por si necesitaba su ayuda durante la noche. Obi-Wan se quedó expectante, hasta que los chicos y las chicas que tenía a su alrededor se quedaron dormidos. Vio en una esquina a Nield y a Cerasi, que hablaban tranquilamente.

Debería estar con ellos, pensó Obi-Wan amargamente. Pertenecía a ellos y quería hablar de estrategias y planes. En vez de eso, tenía que permanecer en silencio, sin hacer nada. Cerasi no le había mirado ni una sola vez durante toda la noche. Nield tampoco. No había duda de que estaban enfadados y decepcionados con él.

Obi-Wan se levantó titubeante. Incluso si se iba al día siguiente, quería dejarles claro que no tenía otra opción. Caminó con cuidado entre los chicos que dormían y se aproximó a ellos.

—Quería despedirme de vosotros ahora —dijo—. Nos iremos mañana a primera hora —se detuvo—. Siento no poder ayudaros. Me hubiese gustado hacerlo.

—Lo entendemos —dijo Nield en un tono cortante—. Tienes que obedecer a tu mayor.

—No es sólo obediencia, es también una cuestión de respeto —explicó Obi-Wan.

Sus palabras sonaban huecas, incluso para él.

—Ah —dijo Cerasi, asintiendo—. Mi problema es que nunca he tenido nada que respetar. Mi padre me decía lo que estaba bien, pero siempre se equivocaba. ¿Qué importa si hubiese dicho que miles o millones deben morir? El cielo sigue siendo azul y nuestro mundo sigue existiendo. La causa es lo que importa. Y así, tu Jefe-Maestro te dice lo que tienes que hacer y tú vas y lo haces. Aunque sepas que está equivocado. Eso es lo que se llama respeto —miró a Nield—. Puede que yo haya vivido demasiado tiempo en la oscuridad, pero no puedo verlo claro.

Obi-Wan permaneció de pie ante ellos, acobardado. Se sentía confuso. La vida de un Jedi siempre le había parecido clara como una fuente de agua pura, pero Cerasi había embarrado el agua, llenándola de dudas.

—Os ayudaría si pudiese —dijo finalmente—. Si pudiera hacer algo que os hiciese cambiar de opinión sobre mí…

Nield y Cerasi se miraron, y luego se volvieron hacia él.

—¿Qué pasa? —preguntó Obi-Wan.

—Tenemos un plan —dijo Cerasi.

Obi-Wan se acercó a ellos.

—Contadme.

Nield y Cerasi se agruparon junto a él, con las frentes casi tocándose.

—Sabes que hay torres deflectoras alrededor de la ciudad —susurró Cerasi—. Y también alrededor del centro Melida. Esas torres controlan el campo de partículas que impide la entrada y que separa a los Melida de los Daan.

—Sí, las he visto —asintió Obi-Wan. Nield se acercó un poco más.

—Hemos entrado en contacto con los Jóvenes que están fuera de la ciudad —dijo— y les hemos mandado un mensaje explicándoles que hemos tenido éxito en la captura de las

armas de los dos bandos. Hay muchos pueblos destruidos alrededor de la ciudad, y muchos de esos chicos viven allí, en el campo. Cientos. Miles, si consideramos un área amplia. Todos están conectados a través de una red. Si conseguimos romper los campos de partículas, ellos podrían entrar en Zehava.

—Y, además, tienen armas —añadió tranquilamente Cerasi—. Tendríamos un ejército. Los Mayores no solamente serían inferiores en número, sino que, además, no tendrían nada con lo que luchar. Si tenemos cuidado y los Mayores son lo suficientemente inteligentes para rendirse, podríamos ganar una guerra sin necesidad de matar a nadie.

—Parece un buen plan —dijo Obi-Wan—, pero ¿cómo vais a acabar con las torres deflectoras?

—Ése es nuestro problema —dijo Nield—. Sólo pueden ser destruidas desde el aire. Todo lo que necesitamos es una nave.

—No podemos utilizar las nuestras —explicó Cerasi—. Las torres tienen un sistema de defensa, y las nuestras no son lo suficientemente rápidas. Necesitamos un caza de combate.

Cerasi y Nield miraron fijamente a Obi-Wan.

—Sabemos que llegaste volando con algún tipo de nave a Melida/Daan. ¿Podrías llevarnos en esa nave para realizar nuestra misión? —preguntó Cerasi.

Obi-Wan se quedó sin respiración. Cerasi y Nield le estaban pidiendo un gran favor. Iba más allá de la desobediencia de un padawan. Significaba desafiar al propio Yoda.

Qui-Gon estaría en su derecho de hacerle volver al Templo. Probablemente tendría que comparecer ante el Consejo Jedi, y Qui-Gon podría hacer que dejara de ser su padawan.

—Podemos salir al amanecer —dijo Nield—. Esta misión durará una hora, un poco más quizás. Y después podéis llevar a Tahl de vuelta a Coruscant.

—Además, la destrucción del campo de partículas también os facilitará a vosotros la salida de Zehava —señaló Cerasi.

—Pero si el caza de combate resulta dañado, eso significará que no podremos sacarla de aquí de ninguna manera —dijo Obi-Wan—. Eso hará que fracasemos en nuestra misión, y yo seré responsable de la muerte de Tahl.

Cerasi se mordió el labio.

—Siento haberme burlado de ti antes —dijo con gran esfuerzo, como si no estuviera acostumbrada a disculparse—. Sé que el Código Jedi dirige vuestras vidas. Y sabemos que te estamos pidiendo mucho. Si no estuviésemos desesperados no lo haríamos. Ya has hecho bastante por nosotros.

—Y vosotros también habéis hecho mucho por nosotros —dijo Obi-Wan—. No habríamos rescatado a Tahl sin vuestra ayuda.

—Es nuestra última oportunidad de lograr la paz —dijo Nield—. Cuando los Mayores vean cuántos somos, no tendrán más opción que rendirse.

Obi-Wan miró a la figura de Qui-Gon, que dormía. Le debía mucho a su Maestro. Qui-Gon había luchado a su lado, le había salvado la vida. Tenían un vínculo especial.

Pero también se sentía unido a Nield y a Cerasi. No importaba que hiciera poco tiempo que se conocían. La corriente que surgía entre ellos era algo que no había experimentado nunca. Y aunque Cerasi se había disculpado por lo que había dicho, ¿no había un germen de verdad en sus palabras? ¿Era correcto obedecer cuando su corazón le decía que estaba equivocado?

La habitual fiereza de la mirada de Cerasi se había suavizado cuando vio la confusión que reflejaba su cara. Nield le miraba fijamente, acalorado. Sabía también que estaba pidiendo a Obi-Wan un gran sacrificio.

Tenía que traicionar a Qui-Gon, traicionar su vida de Jedi. Por ellos. Por su causa. Ellos podían pedírselo porque sabían que tenían razón.

Obi-Wan estaba de acuerdo con ellos. Y no podía defraudarles. No podía tomar esa decisión como Jedi. La tomaría como amigo.

Respiró hondo.

—Lo haré.

Capítulo 15

Escaparon antes del amanecer. Cerasi les condujo a través de los túneles hasta el Círculo Exterior. Después dejaron atrás Zehava por el mismo camino por el que habían llegado Qui-Gon y Obi-Wan, a través de la Sala de la Evidencia y saltando el muro. Esta vez, Nield había traído una cuerda fina de carbono que lanzó hacia arriba. Gracias a su campo magnético, la cuerda se adhirió a la superficie metálica, y así pudieron escalarla fácilmente.

Llegaron veloces hasta el transporte, en la grisácea luz de la mañana. Los tres llevaban granadas de protones en sus mochilas. Pesaban mucho, pero apenas notaban el peso. Estaban ansiosos por llegar a la nave y comenzar su misión.

Cuando llegaron al caza de combate, Nield y Cerasi ayudaron a Obi-Wan a retirar las ramas y los arbustos que escondían la nave. Nield sonrió cuando vio el aparato. Después se dio cuenta del rasguño que lucía en un lateral. Se volvió hacia Obi-Wan.

—Hay algo que debería haberte preguntado. ¿Eres un buen piloto?

Obi-Wan le miró inexpresivo durante un momento. Cerasi rompió a reír. Nield y Obi-Wan se rieron también, con el sonido de los cañones al fondo.

—Creo que lo vamos a comprobar ahora mismo —dijo Cerasi alegremente.

Subieron a la nave. Obi-Wan se deslizó hacia el asiento del piloto. Durante un momento dudó, mirando los controles. La última vez que había estado allí fue cuando aterrizó en Melida/Daan, con Qui-Gon sentado en el asiento del copiloto. Qui-Gon había bromeado sobre el golpe del lateral, y Obi-Wan sintió una punzada de remordimiento. ¿Estaba actuando correctamente? ¿Merecía aquella causa traicionar a Qui-Gon?

Cerasi tocó su muñeca con cariño.

—Sabemos que es difícil para ti, Obi-Wan. Eso hace que tu sacrificio valga aún más para nosotros.

—Y te damos las gracias desde el fondo de nuestros corazones —añadió Nield.

Obi-Wan se volvió y los miró a los ojos. Se sintió perturbado, era como si se estuviese mirando a sí mismo. En las decididas miradas de sus amigos encontró lo mismo que había en su corazón: la misma dedicación, la misma fiereza, la misma osadía. Sintió cómo aumentaba su confianza. Estaba haciendo lo que era correcto. Quizá Qui-Gon llegaría a entenderle.

Encendió los motores iónicos.

—Vamos allá.

—Primero tenemos que alcanzar las torres que están en el perímetro, y después las del centro —dijo Cerasi—. Tendremos que hacerlo a ojo, no tenemos coordenadas en el ordenador de navegación.

—Eso no será un problema —dijo Obi-Wan.

Mantuvo la velocidad baja mientras se elevaban para salir del cañón donde habían escondido la nave. Después puso los motores a tope para coger velocidad. Nadie le dijo que la redujese.

—Tendré que dar algunas vueltas para cubrirme, así que es mejor que vosotros os ocupéis de apuntar —dijo Obi-Wan—. El control de los cañones láser está casi enfrente de ti, Cerasi.

Nield se colocó frente al suyo.

—Activaré las aberturas de emergencia de las armas cuando nos acerquemos —les informó Obi-Wan—. Permaneced atentos a los flotantes. Tendremos que descender bastante para poder disparar a las torres.

Las dos torres deflectoras que flanqueaban la entrada principal aparecieron en unos segundos ante sus ojos.

—Allá vamos —dijo Obi-Wan, apretando los dientes.

—Se nos aproxima un flotante por la derecha —advirtió Cerasi—. Nos deben de haber localizado en su escáner.

Obi-Wan giró rápidamente hacia la izquierda, y después viró otra vez hacia la derecha. Sorprendido de ver una nave justo enfrente de él, el piloto atacante descendió y comenzó a disparar. Obi-Wan hizo un suave movimiento y logró que el torpedo pasara sin rozarles por su izquierda. El arma fue a estrellarse contra las murallas de la ciudad, causando una gran explosión.

—No suelen utilizar esas armas —observó Cerasi—. Podrían derribar un edificio cuando sobrevolemos la ciudad.

—Probablemente usen armas de menor intensidad —comentó Nield.

—Tenemos que cumplir esta misión sin dispararles en el aire —comentó preocupada Cerasi—. Tenemos que demostrarles que nuestra intención final es lograr la paz.

—Ésa será mi tarea —dijo Obi-Wan—. La torre está en el punto de mira. Disparad.

Otra nave se acercó por la izquierda, y el aprendiz de Jedi comprobó que otras empezaban a emerger, como insectos, probablemente procedentes de los cuarteles militares Daan. Obi-Wan calculó lo que tardarían los flotantes en acercarse, debido a su menor velocidad. Tenía que permanecer a una altura determinada para que Nield y Cerasi pudiesen apuntar. Tenían el tiempo justo…

Abrió un panel de disparo para Nield. Pegándose al casco del caza de combate, Nield apuntó con su cañón láser. Cerasi esperó con las manos agarradas a sus propios controles.

—¡Ahora! —gritó Obi-Wan, pasando muy cerca de la torre y causando un gran zumbido.

Cerasi y Nield dispararon. En cuanto cayeron los proyectiles, Obi-Wan puso los motores al máximo de potencia y elevó el caza, alejándose de la nave que se acercaba por su izquierda. Iban escoltados por los disparos de las naves. Uno de ellos les rozó un ala, pero el impacto no fue importante.

Cerasi y Nield habían acertado de pleno a la torre. Obi-Wan sintió la vibración de la onda expansiva en el casco del caza de combate. El flotante que les perseguía también vibró, y su piloto tuvo que realizar varias maniobras para hacerse de nuevo con el control. El campo de partículas era casi visible y podía verse descompuesto en una cascada de pequeños átomos de energía azul.

Obi-Wan, Cerasi y Nield se alegraron al verlo, y el joven aprendiz de Jedi giró para encararse con la siguiente torre. Al hacerlo, comprobaron que las naves militares estaban muy cerca de ellos.

—Siete naves —contó Cerasi. Su cara reflejaba preocupación—. ¿Podemos lograrlo, Obi-Wan?

—Si vamos rápido, sí. ¿Puedes apuntar allí abajo? —preguntó Obi-Wan, moviéndose entre el fuego del enemigo.

Cerasi sonrió.

—Sin ningún problema. Nield colocó su cañón.

—Hazlo.

Obi-Wan puso los motores a tope. El caza de combate surcó el cielo a máxima velocidad. Sabía que técnicamente iba demasiado deprisa para esa altitud, pero también sabía que podía controlar el aparato. Y no llevaba a nadie en el asiento del copiloto que le recordase las normas de aviación o le advirtiese del peligro de pilotar así. Se sintió emocionado. Por primera vez en su vida no tenía que responder ante nadie. No había normas Jedi, ni una sabiduría superior a bordo de ese vuelo.

Bajó zigzagueando, moviendo la nave tanto como podía. Los flotantes le perseguían, disparando pero sin acercarse por temor a colisionar con la nave. Usando la Fuerza como guía, Obi-Wan fue capaz de esquivar los disparos más peligrosos.

A medida que se acercaban, los deslizadores eran más peligrosos. Uno de ellos se acercó peligrosamente, disparando.

—¡Preparado! —gritó Obi-Wan.

En el último momento, maniobró para deshacerse de sus enemigos y, subiendo y bajando, consiguió ponerse justo frente a la torre.

Nield y Cerasi abrieron fuego. La torre saltó por los aires, despedazándose en trozos metálicos. Obi-Wan esquivó los flotantes que se le acercaban por la derecha y se elevó a gran velocidad. Las naves se movieron para no chocar unas contra otras.

—¿Estáis bien? —preguntó Obi-Wan.

—Mareada, pero bien —dijo Cerasi, limpiándose el sudor de la frente—. Vaya vuelo más increíble.

—Estoy bien. Sigue alrededor del muro —ordenó Nield—, y vayamos destruyendo las torres del perímetro una a una.

Las naves militares les perseguían, pero no podían volar ni tan alto ni tan rápido como el caza de combate. Se les unieron más. Para disparar a cada torre, Obi-Wan tenía que hacer las mismas maniobras peligrosas y rápidas con el fin de evitar chocar con sus perseguidores o con los vehículos terrestres. Su ventaja era la velocidad, la maniobrabilidad de su aparato y la increíble puntería de Nield y Cerasi.

Fueron destruyeron cada torre, una a una. Los flotantes intentaban retenerlos, pero Obi-Wan era más rápido que ellos.

Cuando vieron la última torre que les quedaba, los tres lanzaron un grito de alegría. Cerasi fue hacia Obi-Wan y le abrazó. Nield le dio una palmada en la espalda.

—Sabíamos que podíamos contar contigo, amigo —dijo alegremente.

Comprobó su cañón láser.

—Nos queda bastante munición. ¿Qué os parece si hacemos saltar por los aires todas las Salas de la Evidencia?

Cerasi frunció el ceño.

—¿Ahora? Pero, Nield, tenemos que regresar. Tenemos que obligar a los Melida y a los Daan a que se unan a las conversaciones de paz ahora que están debilitados.

—Además, podría haber gente dentro —señaló Obi-Wan. Cerasi miró a Nield.

—Dijimos que haríamos esto sin matar a nadie.

Nield se mordió el labio a la vez que miraba a través de la carlinga, hacia la ciudad de Zehava.

—Cuanto antes desaparezcan esas salas del odio, antes podrá respirar tranquila la población de este planeta —murmuró—. Desprecio la causa por la que fueron construidas.

—Lo sé —dijo Cerasi—. Yo también, pero vayamos paso a paso.

—De acuerdo —accedió Nield de mala gana—, pero vayamos a nuestro último objetivo. Antes de que aterricemos, podíamos hacer una pasada rápida sobre los campos. Deila está esperando para transmitir el mensaje de que los campos magnéticos han sido destruidos. Los Jóvenes de los Basureros deberían empezar a movilizarse.

Obi-Wan voló en grandes círculos sobre el campo. Por todas partes se venían chicos y chicas que salían de los pueblos y de los bosques. Se dirigían al camino que llevaba a Zehava. Algunos iban montados sobre deslizadores o sobre turbocarros. Los que iban a pie marchaban en columnas, al estilo militar. Cuando vieron el caza de combate sobre sus cabezas, saludaron con la mano, exhalando gritos que no podían oír. Obi-Wan movía las alas como señal de saludo.

Las lágrimas se agolpaban en los ojos de Cerasi.

—Nunca olvidaré este día —dijo—. Y nunca olvidaré lo que has hecho por nosotros, Obi-Wan.

Obi-Wan dirigió la nave hacia un área donde poder aterrizar. No le importaba lo enfadado que pudiera estar Qui-Gon, o si le mandaba de vuelta al Templo. Había merecido la pena.

Capítulo 16

Qui-Gon se había levantado pronto y fue a ver cómo estaba Tahl. Dormía profundamente. Eso era buena señal. El sueño era la mejor cura hasta que pudieran llegar a Coruscant.

Vio que Obi-Wan había desaparecido, al igual que Nield y Cerasi. No había duda de que había querido hacer algo junto a sus amigos antes de marcharse. Qui-Gon no se preocupó en exceso. Sabía que era difícil para el chico despedirse de sus amigos.

Y había hecho planes por su cuenta.

Había dicho a una chica callada llamada Roenni que vigilara a Tahl. Después había viajado a través de los túneles, por la ruta de la noche anterior, deslizándose sin ser visto mientras los Jóvenes celebraban su victoria.

Cuando salió al campo, en los barrios abandonados de la frontera Melida y Daan todavía estaba oscuro. Unas pocas estrellas lucían en un cielo despejado que se iba volviendo cada vez más claro.

Qui-Gon esperó hasta que estuvo seguro de que habían llegado todas las personas que él había invitado. Después caminó hacia el edificio parcialmente bombardeado que había en una esquina.

Anoche había mandado una nota a Wehutti a través de un mensajero de los Jóvenes, y había pedido un encuentro entre los Consejos Melida y Daan. Había sugerido que les convenía verse. Tenía noticias de los Jóvenes que deberían saber.

Hasta entonces no estuvo seguro de si alguien le habría delatado. Tampoco estaba seguro de que cualquiera de los dos bandos quisiera capturarle. Era una apuesta desesperada. Estaba preparado para cualquier cosa. Pero tenía que hacer un último intento para lograr la paz antes de abandonar Melida/Daan. Había visto, en la expresión de su cara, cómo se le rompía el corazón a Obi-Wan. Lo haría por su padawan.

Se paró un momento a escuchar, cerca de una ventana rota.

—¿Dónde está el Jedi? —preguntó una voz en un tono frío—. Si eso es otro sucio truco Melida os juro por la honorable memoria de nuestros antepasados que tomaremos represalias.

—Otra sucia trampa Daan querréis decir —Qui-Gon reconoció la voz de Wehutti—. Es cobarde, en nombre de vuestros honorables, o no, ancestros, desafiar a vuestros enemigos a un encuentro con falsas perspectivas. Nuestras tropas estarán aquí en unos segundos.

—¿Y qué harán? ¿Tirar piedrecitas? —la otra voz sonaba divertida—. ¿No fueron los Melida los que volaron sus propios arsenales temiendo un ataque Daan?

—¿Y no fueron los Daan los que se dejaron robar sus armas en sus propias narices? —contraatacó Wehutti.

Qui-Gon sabía que era el momento de aparecer. Subió por encima de un muro medio derrumbado. Los miembros del Consejo Melida estaban de pie en un lado de la habitación, fuertemente armados y con sus armaduras puestas. Los Daan estaban en el lado contrario de la habitación, idénticamente pertrechados. Todos los miembros del

Consejo mostraban cicatrices y señales de haber sido heridos. A algunos les faltaban brazos o piernas, otros respiraban a través de máscaras.

—Ni trucos ni estratagemas —dijo Qui-Gon, irrumpiendo en medio de la habitación—. Si los Melida y los Daan cooperan, esto no nos ocupará mucho tiempo.

Qui-Gon examinó la habitación, viendo las caras escépticas de los miembros de ambos Consejos. Por lo menos los dos grupos tenían algo en común: la desconfianza.

—¿Qué nos vas a contar de los Jóvenes? —preguntó Wehutti con impaciencia.

—¿Y por qué nos debería interesar lo que hagan esos chicos? —preguntó un anciano Daan impetuosamente.

—Porque ayer ellos hicieron que os volvieseis locos —contestó tranquilamente Qui-Gon.

Hizo una pausa mientras observaba cómo las miradas de odio se clavaban en él.

—Y por una razón mucho más práctica, porque os han robado las armas —añadió—. Ellos os pidieron el desarme, pero no les hicisteis caso. Obviamente, han sido capaces de lograr lo que pedían.

—Sólo tenemos que recuperar nuestras armas —dijo el líder de los Daan, respirando a través de una máscara—. Pan comido.

—Os advierto —dijo Qui-Gon, girándose para mirar a todos los asistentes de la reunión— que no deberíais subestimar a los Jóvenes. Han aprendido de vosotros a luchar. Han aprendido vuestra determinación. Y, además, tienen sus propias ideas.

—¿Nos has hecho venir para escuchar esto? —gritó el líder Daan—. Si es así, ya he oído suficiente.

—Por una vez, estoy de acuerdo con Gueni —dijo Wehutti, refiriéndose al anciano de la máscara—. Esto es una pérdida de tiempo.

—Debo pediros que reconsideréis vuestras posiciones —dijo Qui-Gon—. Si formáis un Gobierno de coalición tendréis el control de Zehava y, por consiguiente, el de Melida/Daan. Si no, los Jóvenes ganarán esta guerra y terminarán gobernando sobre los ancianos. Y aunque sus intenciones son buenas, me temo que tendrá sus consecuencias.

Wehutti comenzó a salir de la habitación, seguido de los líderes Melida.

—¿Gobernar con los Daan? ¡Tú sueñas!

Rápidamente, Gueni inició el mismo movimiento. No quería que los Melida fuesen los primeros en abandonar la reunión. Los otros Daan le siguieron.

—¡Impensable!

De repente, el sonido de una explosión hizo que los cristales de las ventanas que estaban sin romper temblaran. Los Daan y los Melida se miraron entre sí.

—¡Esto ha sido una trampa! —rugió Wehutti—. ¡Los locos Daan nos atacan!

—¡Los detestables Melida nos atacan! —gritó Gueni al mismo tiempo—. ¡Demonios!

Qui-Gon se dirigió a la ventana. Miró arriba, pero no pudo ver nada. Mientras observaba alrededor, sonó otra explosión. Venía del sector Daan, según pudo intuir. Pero ¿qué había sido exactamente?

En ese momento, el comunicador de Gueni comenzó a vibrar. Los ancianos Daan se fueron a una esquina para leer en secreto el mensaje. Mientras Gueni escuchaba, vuelto hacia la pared, Qui-Gon empezó a preocuparse. Obi-Wan había desaparecido esa mañana. Esperaba que su padawan no estuviera envuelto en lo que estaba ocurriendo. Usando la Fuerza, trató de establecer una comunicación con Obi-Wan, pero no pudo. No había interferencias ni problemas de comunicación. Nada… Sólo el vacío.

Cuando Gueni se volvió hacia el grupo, estaba temblando.

—Los informes indican que han volado dos torres deflectoras del sector Daan.

Uno de los guerreros Daan echó mano de su arma.

—¡Lo sabía! Los traidores Melida…

—¡No! —gritó Gueni—. Han sido los Jóvenes. Lentamente, el guerrero bajó la mano. Los Melida, que habían empezado a sacar sus armas, también se detuvieron. Emergió un murmullo de conversaciones.

—¡Estos chicos no pueden hacer lo que les venga en gana! ¡Los deplorables Melida están detrás de todo esto! —gritó uno de los miembros del Consejo Daan.

—¡Los mentirosos Daan siempre están listos para acusar sin pruebas! —rugió un Melida desde el fondo.

Qui-Gon retrocedió y esperó a que acabara la discusión. A veces es mejor sentarse a esperar que los acontecimientos se desarrollen solos.

Los comunicadores empezaron a sonar. Los Melida y los Daan hablaban a través de ellos, con cara de pánico. Los informes desbordaban a ambos bandos. Una a una, iban cayendo todas las torres. Primero en el perímetro, luego las del centro. Las explosiones sonaban cada vez más cerca, hasta que las últimas torres fueron destruidas.

—Los Jóvenes llegan desde el campo —informó Gueni con una expresión de asombro en su rostro—. La ciudad está ahora abierta, sin defensas. Y vienen armados.

Los Melida y los Daan se miraron. Ahora sabían que el peligro al que se enfrentaban era serio.

—¿Entendéis ahora por qué debéis uniros? —preguntó Qui-Gon con tranquilidad—. Los Jóvenes sólo quieren la paz. Se la podéis dar. ¿No queréis reconstruir vuestra ciudad?

—Dicen que quieren la paz, pero utilizan métodos guerreros —dijo Wehutti impetuosamente—. Bien, podemos hacer una guerra de la que estén orgullosos nuestros antepasados. Hemos perdido algunas armas, pero todavía podemos defendernos.

—Nosotros también tenemos algunas armas —añadió rápidamente un Daan—. Esta tarde llegarán unos cuantos barcos con suministros a la ciudad.

—Ellos se detendrán ante cualquier tipo de defensa —intervino una mujer Melida—. Podemos luchar contra ellos.

—Pero no juntos —dijo Wehutti—. Los gloriosos Melida podemos con ellos sin la ayuda de los Daan.

—¡Por una vez, no os sobrestiméis! —cortó Qui-Gon—. No tenéis armas. No tenéis apoyo desde el aire. Tenéis un ejército compuesto por ancianos heridos. Piensa lo que estás diciendo. ¡Ellos son miles de chicos!

Los dos grupos guardaron silencio. Wehutti y Gueni se miraron. Qui-Gon pudo notar un punto de sorpresa en vez de desconfianza.

—Puede que el Jedi tenga razón —admitió Gueni de mala gana—. Sólo veo una manera de ganarles. Debemos unir nuestros ejércitos y nuestras armas. Pero el Jedi debe liderarnos.

Wehutti asintió lentamente.

—Es la única manera de asegurar que los Daan no nos traicionarán una vez hayamos ganado la batalla.

—Es nuestra única manera de asegurarnos —dijo Gueni—. No podemos fiarnos de la palabra de los Melida.

Qui-Gon negó con la cabeza.

—Yo no os dirigiré en una batalla. He venido aquí para animaros a encontrar una solución, para lograr la paz.

—¡Pero ahora no existe la paz! —gritó Wehutti—. ¡Los Jóvenes han roto las líneas de batalla!

—¡Son vuestros hijos! —gritó Qui-Gon.

La obstinación de ambos bandos le había hecho perder la paciencia. Controló su voz y siguió hablando.

—No mataré a ningún niño. ¿Quién de vosotros está dispuesto a hacerlo? —se volvió hacia Wehutti—. ¿Qué pasa con Cerasi? ¿Eres capaz de luchar en una batalla contra tu propia hija?

Wehutti palideció y bajó la barbilla.

—Mi nieta Rica vive bajo tierra —dijo Gueni.

—No he visto a mi Deila desde hace dos años —dijo una mujer Melida en voz baja.

Los Daan y los Melida se miraron de nuevo, desconcertados. Hubo una larga pausa.

—De acuerdo —dijo por fin Wehutti—. Si te conviertes en nuestro emisario, comenzaremos a dialogar con los Jóvenes.

Gueni asintió.

—Los Daan estamos de acuerdo. Tienes razón, Qui-Gon. No podemos luchar contra nuestros propios hijos.

Capítulo 17

—No nos reuniremos con ellos —dijo Nield a Qui-Gon con fiereza—. Sé lo que valen sus promesas. Han aceptado para distraernos. Nos dirán que quieren que dejemos las armas y luego comenzarán a luchar otra vez. Su derrota está demasiado cerca. Si cedemos, pensarán que somos débiles.

—Saben que les habéis arrinconado —argumentó Qui-Gon—. Están deseosos de hablar. Ya has ganado, Nield. Ahora recoge los frutos de tu victoria.

Cerasi se cruzó de brazos.

—No estamos locos, Qui-Gon. Por eso ganamos.

Qui-Gon se giró. Llevaba discutiendo con Cerasi y Nield desde que había vuelto, y no había conseguido nada. El problema estaba fuera de su control.

Obi-Wan estaba sentado en una mesa de madera, observando. No había dado su opinión ni había intentado convencer a Cerasi o a Nield. Qui-Gon se había dado cuenta de esto sorprendido. Obi-Wan quería la paz en el planeta. ¿Por qué no hacía nada ahora? Una vez más, cuando trató de ponerse en contacto con su padawan sólo encontró el vacío.

Los cuarteles estaban ahora llenos de chicos y chicas que habían llegado de los campos. Había más reunidos arriba, en los parques y en las plazas. Los Jóvenes se habían movilizado, trayendo toda la comida que tenían e intentando crear un sistema de suministro. Llevaría todo el día hacer que todos comiesen, pero estaban decididos a lograrlo.

—¿Cómo volasteis las torres? —preguntó Qui-Gon con curiosidad a Nield y a Cerasi.

Era una pregunta que se hacía desde que se había enterado de los hechos.

—Tenéis que haberlo hecho desde el aire, pero vuestras naves no pueden hacerlo. Hubieseis necesitado…

Qui-Gon se detuvo. Se giró hacia Obi-Wan. Lentamente, Obi-Wan echó su silla hacia atrás. Qui-Gon oyó cómo rallaba en el suelo de piedra. Después se puso de pie. No vaciló ni retiró la mirada. Miró directamente a Obi-Wan.

—Así que fuiste tú —dijo Qui-Gon—. Utilizaste el caza de combate. Lo cogiste aunque sabías que era nuestra única forma de salir de este planeta. Lo cogiste aunque sabías que era la única esperanza de vida de Tahl.

Obi-Wan asintió.

Cerasi y Nield miraban primero a un Jedi, luego al otro. Cerasi empezó a hablar, pero no dijo nada. El problema era entre Qui-Gon y Obi-Wan.

—Por favor, ven conmigo, Obi-Wan —dijo Qui-Gon con tono cortante.

Le llevó a un túnel adyacente donde pudieran hablar en privado. Esperó unos momentos para recomponerse. La amargura no tenía que superarle. Y, aun así, surgió en él. Obi-Wan había roto su confianza.

No sabía qué decir. Sus emociones le dominaban. Qui-Gon hizo un esfuerzo para acordarse de la preparación que había recibido en el Templo. Según el Código Jedi, tenía

que reñir a su padawan. Pero primero tenía que describir la ofensa. Era el deber de todo Maestro: hacerlo sin juzgarle.

Agradecido de tener un pensamiento claro, Qui-Gon respiró profundamente.

—Te ordené que no tomaras partido en esto.

—Sí —respondió tranquilamente Obi-Wan.

Era el deber de un padawan no discutir sus faltas.

—Te ordené que estuvieses preparado para partir en cualquier momento —dijo.

—Sí —replicó Obi-Wan.

—Te ordené que tu mayor preocupación tenía que ser la salud de Tahl. Y, sin embargo, has puesto en peligro su vida cogiendo el único transporte que tenemos y utilizándolo para una misión peligrosa.

—Sí —repitió Obi-Wan por tercera vez. Qui-Gon tragó saliva con dificultad.

—Haciendo eso no sólo has puesto en peligro la salud de Tahl, sino el proceso de paz en Melida/Daan. Obi-Wan dudó por primera vez.

—Yo ayudé a que el proceso de paz…

—Ésa es tu interpretación de los hechos —interrumpió Qui-Gon—, pero ésas no eran tus órdenes. Tu Maestro y el Maestro Jedi Yoda habían decidido que la intervención de los Jedi en este caso sólo perjudicaría a los Melida y a los Daan, e incluso interferir en el proceso de paz. Yo te había dicho todo esto. ¿No es verdad, Obi-Wan?

—Sí —admitió Obi-Wan—. Es verdad.

Qui-Gon hizo una pausa y se concentró en sí mismo para considerar toda la sabiduría Jedi que había sobre la relación entre un Maestro y su padawan: que las reglas habían evolucionado a lo largo de miles de años; que la promesa de obediencia de los padawan no tenía nada que ver con ejercer el poder, sino con obtener sabiduría y ser humilde en el cumplimiento del deber; y que él no estaba allí para castigar a Obi-Wan, ni siquiera para enseñarle, sino para ayudarle en su desarrollo personal hasta que creciera y se convirtiera en un Caballero Jedi.

—No me importa —dijo Obi-Wan, sacándole de sus propios pensamientos.

—¿Qué no te importa? —preguntó Qui-Gon, sorprendido. Normalmente, un padawan permanecía en silencio a la espera de la decisión de su Maestro.

—No me importa haber roto las reglas —dijo Obi-Wan—. Hice bien en romperlas.

Qui-Gon respiró profundamente.

—¿Estuvo bien, también, romper mi confianza?

Obi-Wan asintió.

—Lo siento. Tuve que hacerlo. Pero sí.

Qui-Gon sentía que las palabras de Obi-Wan le atravesaban como una espada. Visualizó en un destello que él había esperado este momento desde que tomó a Obi-Wan como aprendiz. Esperaba la traición. El golpe. Había endurecido su corazón preparándose para este instante.

Y, sin embargo, todavía no estaba listo para eso.

—Qui-Gon, tienes que entender —dijo Obi-Wan con calma—. He encontrado algo nuevo aquí. Toda mi vida me han dicho lo que estaba bien, lo que era mejor. El camino que estaba marcado para mí. Era un gran don, y estoy agradecido por todo lo que he aprendido. Pero en este mundo se han concretado todas las abstracciones que he aprendido. Hay algo que puedo ver. Algo real.

Obi-Wan retrocedió para volver a los cuarteles de los Jóvenes.

—Estos chicos parecen mi gente. Su causa es mi causa. Me llama como nada antes me había llamado.

La sorpresa de Qui-Gon se convirtió en dolor y rabia consigo mismo. Obi-Wan se le había escapado. Debía haberlo previsto antes. Debía haber recordado que Obi-Wan era sólo un niño.

Eligió sus palabras con cuidado.

—La situación aquí es dolorosa, lo reconozco. Es difícil mantenerse al margen. Por eso intenté resolverlo antes de marcharnos, pero ahora debemos irnos, padawan.

La expresión de Obi-Wan se congeló.

—Obi-Wan —dijo amablemente Qui-Gon—. Todo lo que piensas que has encontrado aquí, ya lo tenías. Eres un Jedi. Lo que necesitas es distanciarte y tener un tiempo de reflexión.

—No necesito reflexionar —dijo Obi-Wan en tono cortante.

—Ésa es tu elección —dijo Qui-Gon—, pero, aun así, debes acompañarme al Templo. Necesito encontrar algunas cosas para Tahl en la ciudad. Cuando vuelva espero que hayas recogido tus cosas y estés preparado para partir.

Comenzó a dirigirse hacia el túnel principal. Obi-Wan no se movió.

—Vamos, padawan —dijo.

De mala gana, Obi-Wan le siguió. Qui-Gon sintió cómo le invadía la preocupación. Había algo en el interior de Obi-Wan, algo inamovible que no había encontrado en ningún otro aprendiz. Le vendría bien volver al Templo, donde la sabiduría de Yoda y la calma que rodeaba todo ayudaría a Obi-Wan a centrarse de nuevo.

Qui-Gon oyó un rugido desde el túnel principal, voces que gritaban y pasos agitados en el suelo. Aceleró el paso y se metió en la bóveda, con Obi-Wan pisándole los talones.

Nield les buscó entre la multitud, hasta que estuvo frente a ellos.

—La oferta de negociaciones fue un truco. ¡Los Mayores nos atacan!

Capítulo 18

El caos reinaba en los túneles. Los pasajes rebosaban de chicos que corrían desesperados para intentar escapar de la batalla que se desarrollaba sobre sus cabezas. Algunos estaban heridos, otros corrían para rearmarse y contraatacar. Cientos de Jóvenes habían quedado atrapados en los parques y en las plazas. Necesitaban refuerzos.

—Necesitamos médicos y una línea de abastecimiento de armas —dijo Cerasi.

Obi-Wan se apresuró a unirse a Cerasi y a Nield. Qui-Gon vio la angustia que se reflejaba en sus tres caras. Era verdad que su padawan ayudaría en todo cuanto pudiese, pero ellos tenían que marcharse del planeta inmediatamente para llevarse a Tahl. Ahora era absolutamente necesario.

Qui-Gon corrió al lado de Tahl. Estaba sentada, intentando oír y entender qué pasaba a su alrededor. Se arrodilló a su lado.

—Yo quería ir a la ciudad a conseguir una nave y algo de ayuda médica, pero me temo que eso es imposible ahora. La guerra ha comenzado de nuevo, y nosotros tenemos que irnos inmediatamente.

Ella asintió.

—De acuerdo. Puedo caminar, Qui-Gon. Tus medicinas me han ayudado mucho. Puedo hacerlo, si me guías.

Qui-Gon se dobló para recoger sus cosas. Habían perdido sus equipos de supervivencia, pero habían estado recopilando reservas. Las metió en la mochila que les había dado Cerasi.

Cuando se volvió para buscar a Obi-Wan, el chico había desaparecido.

Cerasi y Nield tampoco estaban. Qui-Gon soltó la mochila y comenzó a buscar en los túneles adyacentes. Fue lo más lejos que pudo, pero era una pérdida de tiempo. Probablemente, Obi-Wan se habría ido a la superficie con Nield y Cerasi.

Quizás el chico pensaba que Qui-Gon estaría cogiendo más reservas, como el propio Maestro Jedi le había contado. El padawan se reuniría con él en el caza de combate. Obi-Wan le había vuelto a desobedecer, pero Qui-Gon estaba seguro de que aparecería por la nave a la hora de partir.

En cualquier caso, no podía desperdiciar más tiempo. Recogió todas sus cosas, ayudó a Tahl a ponerse de pie y empezó a andar por los túneles, de camino a las afueras de Zehava.

***

Cuando Obi-Wan, Cerasi y Nield salieron al exterior pudieron oír los gritos de los chicos y oler el humo que llenaba las calles. Se pusieron a cubierto, detrás de un muro. Había cazas de combate sobrevolando los parques donde se habían reunido los Jóvenes. Los chicos corrían para ponerse a salvo o trataban de derribar las naves con lanzatorpedos que colocaban sobre sus hombros. Pero las naves esquivaban los disparos fácilmente.

—¡Están desperdiciando munición! —gritó Nield.

—Deben de haber traído los cazas desde otra base —dijo Cerasi—. O puede que los tuviesen escondidos en algún lugar que nosotros desconocíamos. ¡Pero no podemos luchar contra ellos desde el suelo!

Obi-Wan se subió al muro. Un caza de combate se acercaba. Vio cómo empezaba a disparar rápidas ráfagas que caían sobre la hierba. Una chica corrió a cubrirse, pero otro chico no tuvo tanta suerte. El disparo le alcanzó en una pierna y le hizo caer al suelo. Antes de que Obi-Wan se pudiera mover, otros chicos ya habían acudido en su ayuda. La angustia le desbordaba. ¡Los Jóvenes estaban desprotegidos!

Cerasi mantuvo sus ojos cerrados, como si no pudiese soportar seguir viendo todo aquello.

—Tenemos que parar esto —dijo con un tono neutro.

—Son sólo tres cazas de combate —dijo Obi-Wan, mirando al cielo.

—Es suficiente —dijo Nield con dolor—. Tenemos que organizarnos. ¡Van a acabar con la mitad de nosotros si no hacemos algo!

Nield se volvió hacia Obi-Wan.

—Necesitamos tu nave otra vez, amigo. Tenemos que luchar contra ellos desde el aire. Con tus habilidades como piloto podremos derribarles como hicimos con las torres deflectoras.

Confundido, Obi-Wan miró a sus amigos.

—Me prometiste que no me pediríais nada más que fuese contra las órdenes de Qui-Gon.

—Pero todo ha cambiado, Obi-Wan —suplicó Cerasi—. *Mira a tu alrededor. Están matando niños. Perderemos todo* si no podemos luchar desde el aire.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Cerasi.

—Por favor.

Los gritos de los niños taladraban los oídos de Obi-Wan. Aunque él estaba a salvo, detrás del muro, se sentía como atravesado por miles de disparos láser. Su ser se había dividido en dos. Todo lo que conocía, lo que pensaba que era importante, había desaparecido. Las enseñanzas Jedi no tenían ningún sentido para él. No significaban nada comparado con lo que tenía a su alrededor.

Se agachó al oír cerca de ellos la explosión de un torpedo de protones. La tierra saltó a su alrededor y les cayó polvo encima de la cabeza.

—¡Obi-Wan! —gritó Nield—. ¡Tienes que elegir!

Gruesas lágrimas caían por la cara de Cerasi, abriendo surcos en la suciedad. No hablaba; temblaba como una chiquilla aterrorizada.

Obi-Wan se dio cuenta de que ya había elegido. No podía dar la espalda al sufrimiento. No podía dar la espalda a sus amigos. Incluso si lo arriesgaba todo con esta decisión. Lo daría todo y más.

—Volveré —prometió Obi-Wan, y se marchó.

Capítulo 19

Obi-Wan corrió sin detenerse. Tenía que llegar a la nave antes que Qui-Gon. No quería discutir con él. Si Qui-Gon trataba de detenerle, ¿qué iba a hacer? Rechazó ese pensamiento. Tenía que llegar antes. Llevar a Tahl haría avanzar despacio a Qui-Gon.

Pero él había infravalorado la determinación y la velocidad de dos Caballeros Jedi. Mientras corría hacia el cañón, Obi-Wan vio a Qui-Gon levantar la última de las ramas que cubría la nave. Tahl ya estaba dentro.

Aminoró la marcha cuando estuvo a la vista de Qui-Gon. Obi-Wan vio la expresión de alivio de su Maestro. Qui-Gon pensó que había ido para volver al Templo con él. El Maestro Jedi esperó de pie al lado de la rampa.

Obi-Wan no le dio oportunidad de hablar. No hubiera podido aguantar las palabras de bienvenida.

—No he venido para marcharme contigo —dijo—. He venido a llevarme la nave.

La mirada tranquila de Qui-Gon desapareció. Su expresión se congeló.

—Tahl está a bordo —dijo Qui-Gon—. Voy a llevarla a Coruscant.

—Traeré el caza de vuelta —intentó Obi-Wan—. Ahora lo necesito. Vosotros podríais esperar aquí y…

—No —dijo Qui-Gon, enfadado—. No, padawan. No haré que esta traición te resulte fácil. Si das este paso, sabrás lo difícil que es.

Ninguno había movido un músculo. Obi-Wan, sin embargo, sabía que Qui-Gon estaba tan preparado para luchar como él. La Fuerza fluía entre ellos, pero era una Fuerza turbia, ni oscura ni nítida. Intentó sumergirse en ella, pero no pudo. Era como intentar atrapar un puñado de arena fina mientras se escapa a través de los dedos.

No tenía elección. El mundo que tenía a su alrededor se desmoronaba. Tenía que salvarlo. Tenía que luchar contra Qui-Gon.

Obi-Wan echó mano de su sable láser. Qui-Gon se movió sólo una fracción de segundo después. Debido a su rapidez, ambos encendieron el arma a la vez.

La luz verde de Qui-Gon refulgió entre la luz grisácea de la mañana. Obi-Wan sintió cómo palpitaba el láser en su mano. Qui-Gon miraba directamente a los ojos de Obi-Wan.

Era el momento oportuno. Sólo tenía que dar un paso adelante y desafiar a su Maestro. Sólo tenía que mover un músculo y eso sería tomado como un movimiento ofensivo. Y la batalla comenzaría.

Obi-Wan encontró en los ojos de Qui-Gon la misma angustia que él sentía. Sintió cómo algo se rompía dentro de él y su resolución fue desapareciendo. No podía hacerlo.

Los dos bajaron su arma a la vez. Los sables láser se desactivaron con un zumbido.

Durante un momento, Obi-Wan escuchó el viento que soplaba a lo largo del cañón.

—Debes elegir, Obi-Wan —le dijo Qui-Gon tranquilamente—. Puedes venir conmigo o quedarte, pero debes saber que si te quedas nunca serás un Caballero Jedi.

No llegar a ser nunca un Jedi. ¿Estaba preparado para tomar esa decisión? ¿Era ésa la mejor manera de decidirlo?

El momento se alargó. El tiempo parecía no avanzar. El enfrentamiento con el hombre al que había rogado que le enseñase, que le defendiese y le apoyase, de repente parecía no haber sido real. ¿Cómo había llegado hasta ese punto? ¿Qué estaba haciendo?

Pero, en medio de su confusión, vio la fiera mirada de Cerasi y oyó las fervientes palabras de Nield. Todavía podía oler el humo de la batalla, oír los gritos desesperados. Vio las barricadas en las calles y el ciego odio de los Mayores, que no se daban cuenta de que estaban destrozando su planeta de parte a parte. Les vio matar a sus propios hijos.

Podía contar a Qui-Gon la batalla que acababa de presenciar. Podía intentarlo, pero ya lo había intentado antes. Qui-Gon tenía razón. Tenía que elegir.

Obi-Wan rebuscó en el fondo de su convicción, y la confusión le desbordó de nuevo. Aquí, en Melida/Daan, había descubierto una realidad más fuerte que todo lo que había conocido.

—Aquí he encontrado algo más importante que el Código Jedi —dijo Obi-Wan muy despacio—. Algo por lo que no sólo merece la pena luchar, sino también morir.

Obi-Wan entregó su sable láser a Qui-Gon.

—Puede que tengas que marcharte, Qui-Gon Jinn, pero yo me quedo.

Fue como si las palabras de Obi-Wan hubiesen golpeado directamente la cara de Qui-Gon. El Maestro Jedi se quedó mirando la mano de Obi-Wan, que le entregaba en silencio el sable láser. Un gran estremecimiento recorrió el cuerpo fornido del Caballero Jedi.

Le había herido. Obi-Wan trató de retirar sus palabras, pero no podía. Ya estaban dichas. Y tenían un significado muy claro.

Qui-Gon no le miró. No dijo ni una palabra. Se volvió y empezó a subir la rampa para entrar en el caza de combate.

Obi-Wan se quedó de pie mientras los motores arrancaban. La nave salió limpiamente del cañón y se perdió en la atmósfera exterior.

Se quedó mirándola hasta que desapareció de su vista. Después dio media vuelta y corrió por el camino, de regreso a Zehava y a su nueva vida.

Cerasi y Nield le estaban esperando.